

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

el asesino escribe su diario

curtis garland



CURTIS GARLAND

**EL ASESINO
ESCRIBE
SU DIARIO**

Colección PUNTO ROJO n.º 507
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Deposito Legal B 44.327 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972
sobre la parte literaria

© SALVADOR FABA - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.116 — He matado a alguien.

En Colección PUNTO ROJO:

4⁹⁹ — ¿Quién era «Cat»?

CAPÍTULO PRIMERO

«DEL DIARIO DEL ASESINO» (I)

«Está lloviendo mucho esta tarde.

No me gusta la lluvia. Me irrita. Me produce dolor de cabeza. Un intenso dolor de cabeza. Y me deprime. Me entristece. Todo lo entristece.

La lluvia es melancólica. Da un tinte pesimista a las cosas. Oscurece la ciudad, moja el asfalto hasta ennegrecerlo. Cae tras los cristales de la ventana, sin cesar. Como si el cielo estuviera triste y llorase por algo. Un cielo tan negro como el mismo asfalto mojado, que parece charol, allí donde las luces abundan, reflejándose en él.

No me gusta la lluvia, no. Pero llueve mucho. Mucho...

Sin embargo, será un buen día. Bueno para mí. Malo para alguien.

Tal vez la lluvia sea mejor para mis planes. Tal vez aún no lo sé a ciencia cierta.

Todo lo tengo ya preparado. Absolutamente todo.

Ahora, debe haber orden, método, precisión. No puede haber un solo fallo. Hay cosas que no admiten fallos. Y ésta es una de ellas.

Sé que no fallaré, sin embargo. No cometeré errores. Ni uno solo.

Esa maldita lluvia... Parece que se ha levantado un poco de viento, y arroja ráfagas de agua contra los cristales de la ventana. Está poniéndome nervioso. Y yo no debo dejar que me dominen los nervios en ningún

momento. No se pueden tener nervios cuando se va a hacer lo que yo haré.

No se pueden tener nervios cuando se va a matar a alguien.

Alguien que está allá afuera, bajo esa lluvia. Alguien que no sabe que va a morir. Que ni siquiera lo sospecha.

Alguien que tiene que morir. Alguien que yo deseo que muera. Alguien que morirá hoy mismo. Esta noche.

Quisiera poder escribir aquí ampliamente sobre cuánto voy a hacer. Pero no deseo remover demasiado el fondo de las cosas. Hay demasiada basura, demasiado fango. Y siempre que los detritus se remueven, huele mal. A podrido.

Hay muchas cosas podridas en el mundo. Demasiadas, tal vez. Especialmente, los propios seres humanos. Algunos seres humanos.

Nadie sino yo mismo va a leer este diario. Nadie pasará estas páginas escritas, salvo cuando esté muerto, suponiendo que caiga en poder de alguien para entonces. Es un diario destinado a mí mismo. Yo leeré lo que estoy proyectando. Y lo que ya hice. Será como revivir cada instante, cada idea, cada incidente, cada hecho. Uno por uno.

Será como ver de nuevo, ante los propios ojos, la muerte de cada una de ellas.

Sí. Porque todas mis víctimas serán mujeres. Todas.

Hoy empezaré. Esta noche. En esa lluvia, en esa ciudad que parece ensombrecida por los negros nubarrones de la tormenta. En esas calles que el aguacero deja casi desiertas. Hoy es la primera fecha. La primera víctima.

Una mujer.

Luego, otra. Más tarde, otra. Y así hasta el fin.

Hoy es solamente el principio. La primera de la lista. Ella debe morir. Y morirá.

Nada ni nadie puede evitarlo. No van a salvarla, de eso estoy seguro. Porque ni siquiera puede estar

prevenida. Ni siquiera sabe nada de lo que va a ocurrir. No puede tomar medidas para proteger su vida, sencillamente porque ignora que está en peligro.

Mañana, será diferente. Mañana, otras estarán ya sobre aviso.

Habrà caído una; la primera. Y eso significará algo para otras personas, para otras mujeres, sentenciadas igualmente a morir.

Hoy, la muerte ha llegado a esta ciudad. Y nadie lo sabe. Nadie lo sospecha. Nadie, cuando me vea caminar por la calle, entrar en un local, saludar a alguien, comprar un periódico o un paquete de cigarrillos, sospechará que yo... soy el asesino.

Todo está a punto. Y la víctima, elegida.

Será ella la primera. Ella. Cheryl Yates...»

CAPÍTULO II

PRIMERA VICTIMA

—¿Su nombre? Cheryl Yates. Se llamaba así...

Asintió, silenciosamente el sargento McDougan. Se frotó el mentón, pensativo, la vista fija en el suelo. Su sombrero de fieltro gris oscuro, chorreó agua de lluvia, como un canalón de desagüe. Vertió el agua en el extremo inferior de la tela impermeable que cubría el cadáver a medias.

—Era joven —dijo, tras un largo silencio—. Muy joven.

—Sí. No debía tener más de veinticinco años... —reflexionó en voz alta el agente. Luego, echó una ojeada a la tarjeta de Seguridad Social, extraída de entre los papeles de su bolso. Rectificó, con un suspiro—: Veintitrés y seis meses, exactamente, sargento.

Hal McDougan no hizo comentario alguno. Paseó en torno al cuerpo. Examinó su cabello mojado, las ropas desgarradas, que permitían descubrir parte del cuerpo femenino, esbelto y bien formado. Luego, contempló las manchas de sangre.

—Asesinato... Un feo asunto —dijo a su lado otra voz.

Se volvió el sargento. Afirmó. El médico forense, tras hacer el comentario, se puso de rodillas junto al cadáver, examinándolo superficialmente.

—Utilizaron un arma formidable —comentó el agente—. Un cuchillo de dimensiones muy amplias. Bastaron dos o tres cuchilladas para terminar con la infortunada muchacha.

—Tres, agente —rectificó, suave, el médico—. Dos en el seno, y una en el vientre. Cualquiera bastaba por sí sola. Eran mortales de necesidad.

—Pobre chica... Tiene una expresión de horror, de sorpresa, de angustia... —Sacudió la cabeza el agente, mientras el médico, tras

examinar sus pupilas dilatadas, le cerraba piadosamente los párpados—. Evidentemente, vio a su asesino. Y supo que iba a morir...

Nadie le dijo nada. Se sumió en su tarea, silenciosamente. Alrededor suyo, en el parque, solamente se percibieron las pisadas sobre la gravilla húmeda o la hierba empapada, el gotear insistente de la lluvia, y el lejano ruido del tránsito, en las cercanas avenidas y bulevares de la zona residencial.

El sargento McDougan paseó en busca de algo. Se inclinó sobre una de las papeleras, donde la lluvia tamborileaba ruidosamente. Rebuscó allí, hasta extraer un puñado de hojas de diario, manchadas de sangre. Las mostró al agente que le acompañaba.

—Limpió el cuchillo en esas hojas —dijo el policía.

—Claro. Eso hizo. ¿Ha visto qué clase de periódico es?

—Sí. Uno musical. Creo que es el *Pop Music*. Un semanario.

—Eso es. *Pop Music* —suspiró el sargento—. Mi hija lo adquiere normalmente. Me es familiar, aunque nunca lo leo.

—Podría ser una pista. Alguien aficionado a la música «pop». Una persona joven...

—Puede ser. Pero también podría ocurrir que hallara el periódico en esa papelería o en otra. O que lo comprase al azar. *Pop Music* tiene muchas páginas. Es ideal para limpiar algo, para envolver y cosas así.

—*Pop Music* se edita en Los Ángeles —señaló el sargento. Arrugó el ceño, contemplando las hojas en huecograbado y color. Sacudió la cabeza—. ¿Ha visto eso, agente?

—¿Qué, señor?

—Tiene fecha de mañana.

—Mañana... —Pestañeó el policía de uniforme—. Se habrá publicado con adelanto. Ocurre con algunas publicaciones.

—Vaya a los puestos de periódicos y magazines más inmediatos. Pida el último número de *Pop Music*. Traiga los que le den.

—Vale cuarenta centavos, señor...

—Tome dos dólares —gruñó McDougan—. Traiga los cinco que le den en cinco sitios diferentes. El más recientemente publicado y vendido en la ciudad.

El policía se alejó, encogiéndose de hombros. El sargento McDougan volvió junto al forense. Se inclinó. El médico giró la

cabeza, mirándole. Hizo un gesto negativo. Cerró su maletín y tiró la tela impermeable sobre el cuerpo empapado de la muchacha.

—La autopsia dirá algo más —señaló—. Fue muerta por esas cuchilladas. Una de ellas le partió el corazón. La otra perforó sus pulmones. Vomitó sangre. La tercera, hendió su vientre. Hubiera muerto sólo con una de ellas. Pero el asesino quiso asegurarse, sin duda.

—¿Es posible que sepa anatomía?

—¿El asesino? Muy posible, sí —admitió el forense—. Los golpes de cuchillo fueron certeros. Nada al azar; nada casual. Sabía lo que hacía.

—¿Algo más, doctor?

—Digamos que la mataron hace menos de seis horas.

—Seis horas... —McDougan consultó su reloj de pulsera. Gruesas gotas de lluvia batieron, sobre su vidrio impermeable, encima de la esfera luminosa—. Son las cuatro de la madrugada, doctor. Así que no murió antes de las diez...

—No, no antes. Posiblemente tampoco mucho después. Digamos que entre diez y doce, como tope lógico. La humedad, el clima y todo eso, influyen en gran parte. Pero no hay mucho error posible en esa apreciación. Como ya le dije, la autopsia hará el resto.

—Gracias, doctor. —McDougan hundió las manos en los bolsillos de su sobretodo, y paseó por el césped, no lejos del cadáver. Contempló las luces no muy lejanas de las zonas residenciales, y el largo bulevar hacia el centro comercial—. Un asesinato... Una muchacha joven acuchillada en el parque público... ¿Qué mil diablos significará esto?

El agente regresó poco después. Traía cinco ejemplares. Los entregó a su superior, con un suspiro. Todos eran de *Pop Music*. El sargento miró la fecha y los hojeó.

—Son de la semana pasada —dijo secamente—. Tienen seis fechas de atraso.

—Es el último ejemplar recibido. Incluso me acerqué al centro distribuidor Acme. No han recibido aún el otro número. No ha aparecido en esta ciudad. Ni posiblemente en todo el estado.

—¿Seguro? —El sargento mostró cierta tensión—. Telefonee a la central de Prensa. Interésese por ese número de *Pop Music*. Puede haber suscriptores locales que lo hayan recibido. Si es así, consulte

a la estafeta de correos. Si no, averigüe quién pudo vender hoy el ejemplar que tenemos entre manos. Bien en el aeropuerto, en la estación de ferrocarril o en la terminal de autobuses. No deje el asunto. Por nada del mundo. Vaya, no pierda tiempo. Le esperaré con los resultados, en la oficina de jefatura.

—Conforme, señor. No tardaré —el agente saludó, alejándose.

McDougan resopló, sacudiendo la cabeza. Dio un paseo por el parque, pisando descuidadamente el césped, aunque eso exigía el pago de una multa. No estaba para formulismos ahora. Alguien, antes de él, había pisado el césped mojado, sin pagar multa alguna. Ese alguien era el asesino de una muchacha llamada Cheryl Yates.

—Cheryl Yates... Sí. Era una buena chica. Trabajaba aquí.

—¿Desde hacía mucho tiempo?

—Solamente unos ocho o nueve meses. Tuvo éxito. La iba a contratar por otro año más. Pobre muchacha... No entiendo cómo pudo suceder... —Y Derek Willard, propietario del Burlesque Club de Bay City, sacudió la cabeza, perplejo.

—¿No era una chica de mal vivir? —se interesó el sargento McDougan.

—¿Cheryl? Oh, no, no. En absoluto. La más seria y formal de nuestras *girls*. Alternaba, porque era su obligación. Ahí terminaba todo. Luego se iba a casa. No admitía compañía a esa hora. Siempre se marchaba sola.

—¿A qué hora sucedía eso?

—Sobre las dos. Es la hora de término de nuestro espectáculo.

—Esta noche, ella estaba en el parque entre diez y doce. Entonces la mataron.

—Era su día libre. No trabajaba esta noche ella. Cada chica tiene su día libre. No estuvo aquí en todo el día.

—Pero tendría algún novio, algún amigo formal, alguien que habitualmente la acompañase, ¿no?

—Bueno, eso les ocurre a todas —sonrió Willard, pensativo.

—Las demás no me interesan. Quiero saber quién era el novio o amigo de Cheryl, el que podía acompañarla anoche, en sus horas libres...

—Eso es fácil. Ya le dije que ella no tenía muchos amigos ni moscones a los que hiciera caso. Solamente uno. Incluso parecían

novios formales, cosa rara en este oficio, sargento. Las chicas de mi club no acostumbran a ser muy formales en nada.

—¿Quién era ese novio aparentemente formal?

—Mark Rawlins, sargento.

El policía dio un respingo y miró con sorpresa al dueño del Burlesque.

—¿Mark Rawlins, el capitán de la policía local? —musitó, estupefacto.

—No, no —rió Willard—. El capitán Rawlins hubiera podido ser el padre de Cheryl. Me refería a Mark Rawlins, junior, el hijo de su compañero y superior, sargento McDougan...

—Cielos, es imposible —jadeó el sargento, perdiendo en parte el color.

—¿Por qué, sargento? —se sorprendió Willard.

—Porque el joven Mark Rawlins... está prometido a mi hija Joyce...

—Sí, papá. Es cierto. Mark y yo éramos prometidos.

—¿Erais? —repitió el sargento—. Supongo que aún seguiréis siéndolo...

—No, papá. He roto con él.

—¿Cómo?

—Me enteré... me enteré de que él... mantenía relaciones con una muchacha de club nocturno... —Las lágrimas ahogaban la voz de la muchacha, al otro extremo del hilo telefónico—. Lo siento, papá. Estás tan poco en casa, y te preocupas tan poco de los problemas de tu familia, que ni siquiera tuve ocasión de decírtelo. Hace ya tres días que Mark y yo rompimos, por culpa de esa mujer...

—Y ella... ¿sabes quién era ella?

—Sí, papá. Ya te lo dije. Una corista de club nocturno. Actúa en el club Burlesque, de South Avenue. Se llama Cheryl. Cheryl Yates. Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué me llamas a estas horas de la madrugada para saber semejante cosa?

—Lo siento, hija —suspiró el sargento McDougan—. Si ése era el único problema, nada se interpone ya entre Mark y tú. Alguien acuchilló esta noche a Cheryl Yates en National Park... Está muerta, Joyce...

Y colgó, sin esperar a más.

—Definitivamente, sargento. *Pop Music* no aparece en los centros de venta de Bay City hasta pasado mañana. Llega aquí, como mínimo, con una fecha de retraso. A veces, dos. Los suscriptores la reciben al día siguiente de su aparición, por correo aéreo.

—¿Ningún ejemplar del *Pop Music* de mañana en todo Bay City?

—Ni uno solo, señor. Ni siquiera en el centro distribuidor de Prensa. No ha llegado a Bay City. He telefoneado a la central distribuidora de Detroit. Ni siquiera está recibida en todo el estado de Michigan. También llamé a la empresa editorial, en Los Ángeles, la Ajax Publishing Co. No han enviado un solo número a Michigan, pero se vende desde el día de ayer en todo el estado de California.

—California... —Los ojos del sargento McDougan brillaron, sagaces—. De modo que ese ejemplar, el que el asesino utilizó para limpiar la hoja de su cuchillo... llegó de California. Por tanto, hay motivos para suponer que *también* él llegó de allá... Agente, vaya enseguida a la compañía de las líneas aéreas que mantienen vuelos regulares con California. Investigue en el aeropuerto de Bay City, y en el del propio Detroit. Averigüe cuántas personas llegaron ayer de California. Y quiénes, de los de Detroit, están hoy en Bay City, aparte los que vinieran directamente. Eso es urgente. Muy urgente, ¿entiende?

—Claro, señor —el agente se dispuso a salir, respetuoso. Miró por la ventana, a la madrugada que rompía ya en luz lívida, por el horizonte, allá en el lago Hurón—. Esto parece señalar que... que un forastero cometió el crimen, ¿no?

—No lo sé aún. Pero existen un setenta por ciento de probabilidades de que así sea, amigo mío. Ahora, todo dependerá de lo que usted averigüe en el aeropuerto local y en el de Detroit. Pero si alguien llegó ayer de California ha traído a Bay City un ejemplar de *Pop Music*, junto con un cuchillo asesino, es posible que pague ese estúpido error a muy alto precio. Con su propio cuello, maldito sea.

CAPÍTULO III

FORASTEROS

Forastero en la ciudad.

El siempre era forastero en todas partes. Estaba acostumbrado a ello. Quizá por eso nunca acababa de sentirse extraño en ninguna ciudad.

Ed Bellamy suspiró, contemplando el amanecer sobre el lago. Había cesado de llover, pero no tardaría en reanudarse el aguacero. El lago tenía un matiz plomizo, y el cielo matinal se mostraba nuboso y tristón. El aire olía a humedad, era desapacible, y venía del Hurón, con la fría cuchillada del Norte.

Ed Bellamy se sentía cansado. Bostezó, tirando el cigarrillo a las aguas del lago, tras una última chupada...

Luego, miró a la distancia, desde el Saginaw Yatch club reservado a los millonarios industriales de la ciudad, hasta Port Austin, con sus litorales ricos en salmones y en centrales pesqueras, adonde los remolcadores se dirigían para cargar mercancías y descargar envases, sal y otros productos.

Sus fríos ojos acerados, de un azul gris gélido como la brisa norteña del lago, recorrieron todo el panorama ribereño, hasta terminar en el conglomerado urbano de Bay City.

No, no era tan forastero allí. Menos que en otras partes. No era la primera vez que pisaba aquel asfalto. Aunque esperaba que sí fuese la última.

Pensaba estar poco tiempo en Bay City. Muy poco. Lo preciso para hacer lo que tenía que hacer. No había cruzado más de medio continente americano sólo para contemplar las dudosas bellezas arquitectónicas de la industriosa ciudad de Michigan, encarada a las frías aguas del lago Hurón y a las costas heladas de Canadá.

Había ido a hacer algo importante. Y terminaría de hacerlo, costase lo que costase. Aunque tuviera que correr la sangre. Eso era algo que no podía evitarse. No en esas circunstancias, ciertamente. Él no había empezado el juego. Aunque sí pensaba terminarlo. Y a su manera.

Ed Bellamy dio media vuelta. Subió el cuello de su chaqueta de piel, y dominó un leve estremecimiento que no era totalmente por el frío matinal al borde del lago. Se movió por el embarcadero, a paso rápido, de larga zancada, y se detuvo un momento junto a la empañada puerta de un bar, ocupado en su casi totalidad por obreros portuarios y por pescadores. Empujó la puerta y entró.

Se mezcló con la gente que invadía el largo mostrador. La mayoría olía a pescado, a salazón y a humo y grasa. Todos desayunaban rebosantes platos de huevos con bacón, cerveza y café bien cargado. Ed pidió un servicio igual a uno de los camareros. Mientras esperaba, escudriñó a la gente que llenaba el recinto, cargando su atmósfera con el humo de sus pipas, sus risas, sus voces y el sudor de sus corpachones recios y nervudos.

El aparato de radio transmitía músicaailable, en un programa matinal, salpicado de boletines de noticias. Una de las veces, la voz del locutor interrumpió la música suave de Glenn Miller, en una vieja grabación, para informar a los oyentes:

—Señoras y señores, últimas informaciones del Departamento de Policía de esta ciudad, nos confirman que el asesinato de la corista del Burlesque club, Cheryl Yates, se debió a tres mortales heridas producidas con un cuchillo de grandes dimensiones, manejado por una persona de fuerza considerable, sin duda un hombre que, además, tenía nociones concretas de anatomía. Por otro lado, algunos indicios permiten suponer a la policía que el asesino es alguien forastero en Bay City, una persona posiblemente llegada del Oeste, en los últimos días, aunque esto último no ha podido confirmarse oficialmente, y se recoge sólo a título de rumor.

Poco después, continuaba la músicaailable. Ed Bellamy, ceñudo, empezó a comer su desayuno.

—Un forastero... —meditó, hablando entre dientes consigo mismo—. Llegado del Oeste. Diablo, esto se pone feo. Muy feo.

Miró a su alrededor. Los que almorzaban allí, no parecían demasiado interesados en las noticias, ni tampoco en él. Respiró con

alivio. Un forastero era siempre identificable, en una ciudad de cincuenta y cinco mil habitantes escasos, como Bay City.

Cuando salió del bar del muelle, Ed Bellamy procuró romper en menudos fragmentos su billete de avión, expedido por la Pacific States Airlines Company, en Los Ángeles, California, solamente dos fechas antes...

Pero aun así, el hombre alto, joven, de cabello castaño, rebelde y fosco, de ojos azul-gris, helados como la nubosa mañana, no parecía demasiado tranquilo, al regresar hacia el centro de la ciudad por su propio pie, despidiendo bocanadas de vapor entre los labios, cada vez que expulsaba aire de sus pulmones.

«Guy Novak, detective privado».

Sonrió Novak, cerrando su credencial y tirando el documento sobre la cama de su alojamiento en el Unión hotel, de Central Street, Bay City. Luego, depositó la pistola automática, de calibre 38, bajo la almohada del lecho. Fue después a la ventana, cuya persiana bajó herméticamente.

—Así está mejor —se dijo, en voz baja—. Debo dormir durante el día. Mientras haya demasiada luz en la calle, él no saldrá, no se dejará ver. Y yo podré descansar tranquilo. Luego, así. La noche es su hora, su momento de actividad. Entonces debo vigilar, recorrer la ciudad, tratar de encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

Se quitó su corbata, las correas de su funda sobaquera para la pistola, y desabotonó la camisa, frente al espejo del tocador. La habitación del hotel no era ni muy lujosa ni muy confortable. Tampoco lo pretendía. Le interesaba estar cerca del mundillo en que se desenvolvía habitualmente su hombre. Y ningún lugar en Bay City como Central Street, con sus gimnasios, sus garitos, sus salas de billar y de juegos electrónicos, sus centros de apuestas ilegales y todo lo demás.

Allí sabía Guy Novak, detective privado de Los Ángeles, que se movería el hombre a quién buscaba. El peligroso personaje llegado a Bay City, y a quién debía de dar caza, costase lo que costase. Vivo, si era posible. Muerto, si no había otro remedio.

Y Guy Novak, detective privado de Los Ángeles, no era hombre que se sintiera detenido por demasiados escrúpulos. Ni siquiera si era preciso matar a alguien.

Cobraba por esto. Su cliente pagaría bien, si la presa no

escapaba. Y no escaparía. A Guy Novak, nunca se le escapó una presa humana. Y menos aún si ésta valía diez mil dólares al contado.

Vivo o muerto. Eso es lo que importaba. Vivo. *O muerto.*

—Es preferible muerto —rió entre diente Novak—. Un ser como Jason Whitney... está mejor sin vida. Después de todo, los asesinos también mueren. Y cuanto antes mueran, tanto mejor. En especial, si valen dinero. Mucho dinero.

Jason Whitney se contempló en el espejo.

No le gustó su aspecto. Sin afeitarse. Sin afeitarse siquiera. Inquieto, nervioso, irritable. No le gustaba la lluvia. Y había llovido demasiado esa noche. Tuvo que refugiarse de la lluvia. Y de muchas cosas más.

Evadirse.

Evadirse siempre. Era su destino. Evadirse de presidio, de la gente que le odiaba, de quienes deseaban verle muerto. Y eran tantos los que querían esto último...

La policía. Un hombre odioso llamado Guy Novak. Y los que le pagaban. Todos. Todos querían ver muerto a Jason Whitney. Era tan fácil...

Como se mata a una rata. A una araña. A cualquier alimaña indefensa. Así le podían matar a él. Por lo menos, era lo que ellos pensaban. Y le buscaban. Vaya si lo buscaban. Por todo el país.

Estaba seguro de haber engañado a la policía de Los Ángeles. Incluso al teniente Gary Christopher. Y ése sí que era difícil de engañar. Pero le había burlado. No podía imaginar siquiera que él estaba ahora allí, frente al frío y ceñudo lago Hurón, frente a la frontera casi Norte, más allá del lago. Allí, en Bay City, una ciudad provinciana, en el Estado de Michigan.

Pero ¿y Novak? Guy Novak...

No. Al sucio al vil policía privado, al detective a sueldo de la gentuza que le aborrecía, que deseaba verle muerto. A ése no le había burlado, estaba seguro. En algún lugar cercano, agazapado acaso en Bay City, le acecharía, le buscaría. Rastreando. Como un sabueso. Como lo que era. Un feroz, innoble y cochino sabueso.

La tajada era buena, si él caía. Jason Whitney no valía nada. Era una piltrafa. Carroña humana. Pero valía dinero para Guy Novak y

la gentuza como él. Mucho dinero. Miles de dólares. Acaso cinco, diez, quince mil... Lo que ellos quisieran fijar.

Pero aún no le habían cogido. Aún no estaba en la red. Aún poseía sus puños, su fortaleza, su agresividad. Y su revólver. Su buen revólver «Colt», de cañón corto, pavonado y preciso. Su arma calibre 44. Defendería cara su vida. Contra Guy Novak. Y contra todos. Contra quien fuese.

Después de todo, matar no era problema. No para. No sería la primera vez que mataba...

Dave Armstrong se irguió en el lecho. Tiró arriba de la cortina de la ventana. Pestañeó, no demasiado deslumbrado. La claridad del día nuboso y torvo no podía cegar sus oscuros, agudos, estrechos ojos.

Contempló el panorama, la bahía gris plomiza, el cielo amenazador, el aire frío que barría de las calles todo desperdicio o papel abandonado por los viandantes.

—Si pudiera recordar... —musitó.

Y se estrujó las sienes, exasperado. Pero sin conseguir nada con ello.

Recordar...

Era como una obsesión. Una pesadilla. Una angustia latente. Recordar, recordar o intentarlo, cuando menos.

Pero todo era inútil. No se acordaba de nada. Absolutamente de nada.

Sólo sabía su nombre: Dave Armstrong. Y eso, por su traje. Un traje gastado, casi viejo. Demasiado viejo, incluso. Le urgía adquirir uno. Lo haría en Bay City. Tenía dinero para ello. Suficiente dinero. Mucho dinero. Más aún: *demasiado dinero*.

Trató de confirmarlo, por si también eso era una pura ilusión de sus sentidos. Tiró la almohada. Alzó el colchón. Extrajo el cinturón ancho, de material plástico. Tiró de la cremallera. Respiró con alivio.

—No, no es un sueño —musitó—. Eso sí que es cierto. Bien cierto.

Sacó unos fajos de billetes. Los tiró sobre la cama revuelta en que pasara la noche. Todos eran billetes de cien dólares. Cada fajo tenía, cuando menos, cincuenta de esos billetes. Había un mínimo

de treinta o cuarenta fajos así en el cinturón especial.

Calculó rápidamente. Su cerebro valía para calcular, para pensar, para mirar directamente al presente. Eso era todo: el presente. No tenía pasado. No sabía nada de sí mismo. Sólo que su etiqueta de la americana, con el nombre de un sastre de Los Ángeles, tenía escrito un nombre:

DAVE ARMSTRONG

Ese mismo nombre estaba también en su billete de avión de Aerovías Western: Dave Armstrong. Origen: Los Ángeles. Destino: Bay City, Michigan.

Su cálculo había terminado. Casi se asustó de su resultado.

—Ciento cincuenta mil dólares. O más. Acaso doscientos mil... —Sacudió la cabeza, angustiado—. Mucho dinero. ¿De dónde saldría? ¿Qué hice yo? ¿Quién soy? ¿Qué hago en Bay City? ¿Qué hacía en Los Ángeles?

Nada. Ni un recuerdo. La amnesia continuaba. El vacío en su cerebro, en su memoria, era total.

Ni documentos, ni objetos personales. ¿Qué se hizo de todo ello? ¿Los tuvo alguna vez? ¿Era un hombre honrado? ¿O todo lo contrario?

No sabía. No podía saber nada de nada. Sólo que estaba allí. Y que tenía dinero. Mucho dinero. Saldría a comprar algo. Pero habría de andar con cuidado. Con mucho cuidado por si algo funcionaba mal.

Se puso en pie. Fue a por sus cosas. Tomó la camisa. Iba a ponérsela cuando descubrió las grandes manchas en su manga derecha. Mostróse perplejo. Sacudió la cabeza.

Manchas oscuras. Como de óxido. Estuvo seguro del conocerlas, aunque no sabía por qué.

—Sangre... —jadeó—. Sangre seca...

Retrocedió, asustado. Llevó la camisa al lavabo del cuarto de aseo. Introdujo la prenda bajo el grifo. Trató de lavarla. Era material sintético. No fue difícil, frotando bien y aplicando agua caliente. Quedó una sombra, pero eso era todo. Nadie sabría que aquello fue sangre.

Se miró el zapato, pensativo. Tuvo un estremecimiento.

Inclinóse. Tocó el material mate, color castaño oscuro. Rascó las

manchas oscuras. Eran iguales a las de su camisa.

—Más sangre... —jadeó—. Dios mío, ¿qué ha sucedido? ¿De dónde procede todo esto? ¿Qué persona soy yo?

No había respuesta. Ninguna. Sólo vacío. El vacío de su mente. Eso, y nada más.

Aquel día se compraría nuevos zapatos. Y nueva camisa. Todo nuevo. Incluso su traje. Tiraría todo lo viejo y sucio.

—Si se pudiera hacer igual con los recuerdos, cuando vuelvan... —musitó para sí, preocupado, casi medroso.

Brian Lee estaba seguro.

Nunca había estado tan seguro de nada en su vida. Y eso que era un hombre de firmes convicciones. Brian Lee había trabajado siempre con energía, con paciente tozudez, hasta estar seguro de lo que tenía ante sí.

Especialmente, cuando se trataba de un asesinato.

Y de una mujer.

Una mujer asesina.

Brian Lee siempre tuvo olfato profesional. Algo inapreciable para un hombre de su oficio. El periodista, el reportero que no tuviese olfato profesional, podía dejar su profesión definitivamente. Nunca haría nada.

Él había hecho mucho. Pero para él, siempre era poco. Siempre había una meta más difícil y lejana. Una meta superior. Una meta capaz de ser alcanzada, pese a todo.

Y por ahora, ese credo suyo había resultado bien. Nunca se conformó con un triunfo, por brillante que fuese. Nunca se durmió sobre los laureles.

Sonrió, bajando del autobús que acababa de dejarle en la terminal de la Bus Michigan State Co. Contempló a los demás viajeros. Y los edificios urbanos, especialmente los más altos, las agujas de cemento y vidrio, asomaban por encima de las cornisas de la terminal.

—Bay City... —murmuró, fumando calmosamente, con su sobretodo al brazo y la maleta en la otra mano—. Espero no estar en un error. Ella está aquí. La asesina de Los Ángeles vino a parar a esta ciudad. Y tengo suficientes indicios para dar con ella, esté donde esté, y se oculte bajo el nombre que sea.

Eso había sucedido la tarde antes, cuando todavía la tormenta

no había llegado a estallar, derramando sobre Bay City su torrente de agua. Desde la terminal, Brian Lee, el reportero del semanario *Los Angeles Report*, especializado en sucesos, se dirigió al hotel céntrico donde tenía reservada habitación.

Así empezó todo para él, en Bay City.

Y para una mujer que ahora se encontraba en aquella ciudad. Una mujer que antes estuvo en Los Ángeles. Y cometió un asesinato.

La pista de Brian era segura. Tremendamente segura. Sin posibilidad de error. Sabía que estaba tras de la mujer asesina. Y cada vez más cerca de ella.

—De modo que éstos son los forasteros procedentes de California.

—Exacto, sargento —asintió su subordinado—. Están comprobados todos ellos. Guy Novak, detective privado; Dave Armstrong, de quien desconozco otros detalles que su actual estancia en el North Hotel; Brian Lee, periodista, corresponsal de *Los Angeles Report*. Y un hombre llamado Ed Bellamy, llegado ayer en avión a Bay City, de paradero desconocido en la actualidad, y cuyo billete de avión, roto en pequeños fragmentos, apareció en un cubo de desperdicios de un bar del puerto. Aparte de todos ellos, hubo otro pasajero, cuyo nombre parece ficticio: Jock White, de Pasadena. Se está intentando no sólo localizar a ese hombre, sino también saber quién es, exactamente. Es posible que ese detective particular, Guy Novak, sepa algo del asunto...

—Bien. Vigilen a esos hombres. No les detengan. No demuestren que son sospechosos, pero no les pierdan de vista —ordenó secamente el sargento McDougan—. Si es preciso, ordenaré su arresto. O, simplemente, su interrogatorio como posibles testigos del caso. Debo reflexionar, mientras se investiga el asunto más a fondo. ¿Qué se sabe de la autopsia?

—Nada todavía. El doctor Travers no ha hecho el informe definitivo. Pero no puede tardar ya mucho. Entre tanto, estamos investigando la vida íntima de Cheryl Yates. No parece existir en su vida más idilio que el de...

—Sí, sé a cuál va a referirse —cortó, abrupto, el sargento McDougan—. No necesita decir su nombre, puede creerme.

—¿Y por qué no pronunciar el nombre, sargento?

McDougan se volvió. Se puso rápidamente en pie: con aspecto disciplinado. Saludó, cortés:

—Capitán Rawlins... No le esperaba aquí ahora.

—Tenía que venir. No se habla de otra cosa en Bay City. Esa chica asesinada, su trabajo en el Burlesque de Derek Willard...

—Y Mark. Su hijo Mark, capitán. ¿Iba a mencionar eso ahora?

—Desgraciadamente, hay que mencionarlo —suspiró el capitán Rawlins. Miró fijamente a su colega y subordinado—. No sé cómo pudo suceder. Pero sucedió. Me he enterado de la actitud de Joyce. Su hija hizo bien, McDougan. Mark no merece... En fin, no sé cómo pudo suceder. Una mujerzuela de esa clase...

—Ahí está lo peor, capitán —le cortó el sargento—. Parece ser que Cheryl no era una mujerzuela como todas las de ese ambiente. Era seria, formal... y sólo se le conocía un romance: Mark Rawlins, su hijo.

—Diablo, todavía más inexplicable, sargento. No tiene sentido. Mark no es de esa clase de muchachos libertinos, dados a las aventuras fáciles.

—Tal vez se enamoró realmente de Cheryl —suspiró Hal McDougan—. Era una bonita muchacha, incluso después de muerta... Es humano sentir algo por una mujer y, de repente, cambiar de sentimientos y fijarse en otra. Yo no le veo nada anormal al hecho, capitán. Lo realmente grave ahora es que... ella ha muerto. Asesinada, capitán Rawlins.

—Lo sé —el jefe de policía de Bay City sacudió con energía su canosa cabeza. Apoyó ambas manos en la mesa de trabajo de McDougan—. Cualquiera pudo matarla. Incluso mi hijo Mark, ¿verdad?

—No he dicho eso, señor.

—Pero como policía, está obligado a pensarlo, igual que lo he pensado yo, siendo el padre de Mark. Y ahora que hemos hablado sinceramente, sin rodeos, ¿quiere darme todos los datos que ha podido obtener hasta la fecha?

—No son muchos, capitán. Véalos... empezando por los forasteros.

—¿Forasteros?

—Sí. Tengo la idea de que uno de ellos, un hombre llegado de California... mató a Cheryl Yates anoche. Le contaré por qué,

capitán Rawlins...

CAPÍTULO IV

«DEL DIARIO DEL ASESINO» (II)

«Ya está una.

Una mujer muerta. La primera de la serie.

Ha sido un éxito. Nadie pudo evitarlo. Ella, menos que nadie.

Aún recuerdo su gesto de estupor, su gran asombro, su incredulidad ante lo inevitable.

No soy un ser demasiado morboso. Ni siquiera me considero cruel. Nada de eso.

Sencillamente, hago lo que tengo que hacer. Fríamente. Despiadadamente, eso sí. No puede hacerse de otra manera.

Ella tenía que morir. Y murió. Eso es todo. Eso cierra el asunto.

Al menos, en lo referente a una bella muchacha llamada Cheryl Yates.

Cheryl Yates...

Era una mujer llena de vida. De sensualidad, de atracción física. Como muchas mujeres de su clase.

Ahora ya no es nada. Una tarjeta en la Morgue. Un cuerpo en un frigorífico numerado. Un cadáver que será sepultado mañana o pasado. Sólo eso.

No lloraré por Cheryl. Ni por ninguna. Pero tampoco bailaré sobre su tumba. No soy de éstos. Sencillamente, ha de hacerse. Y se hace. Es una labor, una tarea, una obligación. La cumplo. Yo sé cumplir mis obligaciones.

Ahora, ya no debo pensar más en ella. Cheryl Yates

dejó de existir. Dejó de significar algo para mí. Ya no es nada. Un nombre, un recuerdo, una necrológica. En los periódicos de Bay City, de todo Michigan, incluso, una noticia sensacionalista, una crónica negra más, en este país, saturado de crónicas negras cotidianas.

Periódicos...

Ahora que nombro ese punto, me siento tremendamente estúpido. Me culpo a mí mismo. Soy un necio, un estúpido. Me he señalado a mí mismo. Me he acusado. He dado a la policía el mejor de los indicios, la más clara de las pistas...

Ese periódico...

Me gusta la música. Estoy escuchando ahora mismo música «pop» en mi tocadiscos. Música caliente, rítmica. Me gusta, sí.

No debí adquirir *Pop Music* en California. Y menos aún, traerlo aquí. Y todavía menos, cometer la gran estupidez de limpiar con sus hojas el cuchillo.

Dios mío, qué gran tontería hice.

Ahora, saben algo de mí. Algo que no debieran saber ellos. Ni nadie.

Ahora, saben que llegué del Oeste. De California. De Los Ángeles. Estoy seguro que a eso se refieren los boletines de televisión. Claro que a Michigan, en un par de días, llega mucha gente de California. No seré yo sólo quien llegó a Bay City. Es lo que imagino.

Pero no debo pensar en eso. El error está ya cometido. No cabe rectificarlo. Sólo que ellos lo olviden. Ahora están enfrascados en la investigación de ese crimen. Cheryl Yates ocupa sus actividades.

¿Qué sucederá cuando muera la segunda mujer?

Siento curiosidad por saberlo, la verdad. Me gustaría saber lo que piensa la policía local. Sobre todo, ese capitán Rawlins que habló esta noche por televisión. O el sargento McDougan, de Homicidios, que da los informes a la Prensa local.

Sí, me gustaría estar cerca de ellos. Siquiera por unos momentos. Y ver cómo actúan, cómo piensan,

cómo reaccionan esos policías ante mis hazañas.

Aunque ¿quién sabe?...

Sí. ¿Quién sabe? Es posible que, tras el segundo asesinato, ellos decidan arrestar o interrogar a todos los que hemos llegado de California. A todos. Será divertido. Para mí, claro. Porque para ellos resultará penoso y difícil. No sabrán quién, de entre los sospechosos es el criminal. Estarán en inferioridad. Yo, en cambio...

Yo conservaré mi sangre fría, mi serenidad. Les estudiaré, como si estuviera agazapado ante ellos, cubierto con una máscara.

Sí. Será divertido. Muy divertido, estoy seguro.

Y eso sucederá después de matar a Wilma Darrow.

Wilma Darrow, de profesión camarera de *snack bar*...»

CAPÍTULO V

EL CUCHILLO Y LA LLUVIA

—¿Dejas que te acompañe, Wilma?

—No —rechazó ella, rotunda. Abotonó la blusa, sobre sus senos macizos y agresivos. Era una operación difícil. Los botones tiraban, la tela amarilla se tensaba encima de las prominencias—. Iré sola. Como cada noche.

—Ten cuidado —rió Ty Slade, burlón—. Va a llover. Igual que anteanoche. Y recuerda que estaba lloviendo mucho cuando mataron a esa chica, Cheryl Yates, la del Burlesque...

Wilma Darrow enarcó sus cejas color cobre, sobre los ojos azules. Sacudió enérgicamente su cabeza.

—Es una estupidez lo que dices, Ty. No tiene sentido relacionarme con una corista, una cualquiera.

—Los diarios no dicen que fuese una cualquiera. —Ty Slade se inclinó sobre el mostrador de la cafetería—. Incluso creo que era novia formal, aunque en secreto, de Mark Rawlins junior, el hijo de nuestro famoso y honesto capitán de policía. Eso va a costarle el cargo en las próximas elecciones, y él lo sabe. Pero así son las cosas. Su novia, la hija del sargento McDougan, ya había roto sus relaciones con el joven Mark. ¿Te parece una mujerzuela la que iba a ser futura señora Rawlins?

—Yo no dije que fuese una mujerzuela, sino una chica cualquiera, en el feo ambiente del Burlesque. No tengo nada contra la pobrecilla. Pero aquí, el público es muy diferente —le señaló, burlona, tras ponerse su gorrito—. Exceptuándote a ti, claro.

—Eh, ¿por qué yo? —protestó Ty Slade, con enfado.

—Vamos, vamos, Ty. No soy una niña. Sé la clase de tipo que eres. Joven, atractivo, simpático... pero sirves a la gentuza de esta

ciudad. Te paga Cameron Crenna, ¿no?

—Chist —la dijo él en voz alta, mirando alrededor—. No llares «gentuza» al patrón. Él se disgustaría si supiera que yo consiento cosas así a una chica, por bonita que sea.

—Ty, no vas a engañarme. Tú eres un esbirro de Crenna, como lo es Gig Clark, su pistolero y guardaespaldas, aunque alardee de ser su secretario particular. Crenna está feliz ahora con ese lío de la chica del burlesque de Willard. El capitán Rawlins os estorba. Será buena cosa que pierda las elecciones, ¿no?

—No sé... —resopló Ty, irritado—. No me gustan las chicas que se meten en política. No lo hagas tú, Wilma. Una muchacha como tú, sirve buenas hamburguesas, excelentes *sandwiches* y todo eso. Es tu oficio, ¿no? Ocupate de él, y deja las otras cosas para los demás.

—Me limitaba a responderte, Ty —sonrió Wilma con cierta tristeza, tomando un bolso y dirigiéndose a la salida—. Sé vuestros métodos. Los sabe todo el mundo. Si yo estorbare ahora al honorable señor Crenna, cacique notorio de Bay City... terminaría con un buen lastre en el fondo del lago.

—Wilma, solamente te ofrecí mi compañía, no discutir de asuntos desagradables... —Se molestó Ty Slade, ajustándose el nudo de su costosa corbata de seda.

—Y yo te dije «no gracias» —rió ella entre dientes. Abrió la puerta del casi vacío *snack*-bar, asomando a la carretera en sombras. Entró un violento soplo de aire en el local, y afuera retumbó un trueno lejano. Los perfiles de Bay City parecieron negros bloques salpicados de luces, contra un cielo torvo y tempestuoso, cuando centelleó un lejano fulgor—. Buenas noches, Ty.

—La parada de tú bus queda lejos, Wilma... —la recordó él, en un último esfuerzo por acompañarla.

—Sé dónde está la parada —rió Wilma—. Y trescientas yardas, no es demasiado lejos.

Cerró tras de sí de golpe. Hubo otro centelleo distante. Y un lejano bramido que rebotó sordamente en la noche. Como si hubieran estado esperando los elementos, apenas la pelirroja Wilma pisó el bordillo de la carretera, las gruesas gotas de lluvia empezaron a caer copiosamente, tamborileando sobre las vidrieras

del bar.

—Se lo dije —gruñó Ty, disgustado, volviendo a su café y su sándwich—. Pude llevarla al centro en mi coche.

—Deja a Wilma —sonrió el dueño del local, acudiendo junto a él—. Si quiere ir sola, irá sola. Es muy independiente.

—No me parece mal que lo sea, Joe. Pero ella... ella no parece recordar que ya otra chica, en esta ciudad, ha sido acuchillada recientemente en National Park, caminando sola... y en una noche de lluvia como ésta.

—Bueno, eso no significa nada —rechazó su interlocutor, volviendo a la cocina—. Wilma tiene cerca la parada del autobús. Y va directamente a su casa cada noche. A ella, nada le puede suceder.

Ty Slade, ceñudo, miró a las vidrieras del local. No pudo penetrar en las tinieblas exteriores, salvo cuando centelleaba algún relámpago en el cielo. Meneó la cabeza, pesimista, tomando un sorbo de café.

—De todos modos, hay algo que no me gusta nada en el ambiente de Bay City... —comentó, sombrío—. Y quisiera saber lo que es.

Wilma Darrow giró la cabeza, sobresaltada.

Enseguida se dijo que era una estúpida. El viento. Sólo el viento jugaba malas pasadas así. Ráfagas inesperadas, lluvia, matorrales... Eso había sido todo. El único ruido existente en la oscura carretera, camino de la parada cercana del autobús.

—Ese obstinado de Ty, ha logrado meterme el miedo en el cuerpo —se quejó entre dientes ella, hundiendo más el rostro contra su prominente seno, para eludir el azote frío de la copiosa lluvia. El gorro impermeable escupía los gruesos goterones con fuerza. El impermeable se pegaba a su cuerpo, al recibir el viento de frente, y sus muslos se mojaban con la lluvia, a causa de la moderna brevedad de sus piezas de ropa.

Ya apenas si quedaban cien yardas hasta la parada del autobús. Un grueso árbol y un macizo de arbustos le ocultaron la luz del *snack-bar*, y se encontró tremendamente sola en la oscura noche inclemente. Empezó a sentirse arrepentida de no haber aceptado la oferta de Ty Slade.

Pero no le gustaban los pistoleros y esbirros de Cameron Crenna, aunque fuesen tan atractivos como Ty. Prefería irse sola. Sin deber favores a nadie.

Volvió a girar la cabeza, con sobresalto.

Esta vez, el ruido había sido tan próximo, tan susurrante, que ni siquiera parecía producido por la lluvia o el viento, o los arbustos azotados por los elementos furiosos. Sin embargo, no era fácil que hubiera en la carretera de acceso a Bay City más persona viviente que ella.

Apresuró algo el paso. No era cobarde. Pero sentía inquietud, desasosiego. Algo que no era miedo. Sin embargo, ver la parada del autobús, allá frente a ella, todavía a alguna distancia, sin un solo ser viviente aguardando el vehículo interurbano, le causó un raro sentimiento de incomodidad, de incertidumbre, de agitación.

—Es ridículo... —musitó, hablando consigo misma, sintiendo en su cara el azote de la lluvia y el frío, húmedo roce del viento nocturno—. Dentro de diez minutos estaré en los bulevares bien iluminados. Y cinco minutos más tarde, en mi apartamento, a punto de meterme en la cama, de dormir tranquila, sin peligro alguno.

Eso la animó. Avanzó, decidida. Los faros de algunos automóviles, muy pocos, se cruzaron, centelleantes, con ella, barriendo la lluvia y el negro asfalto charolado de la carretera, para perderse en la noche, hacia Bay City.

Wilma ya estaba solamente a unas cincuenta yardas de la parada del autobús. Aunque éste fuera con algún retraso, no tardaría más de tres o cuatro minutos. Era lo habitual, y esta noche no tenía por qué ser diferente.

Otra vez aquel ruido. Se paró en seco. Miró a los arbustos. Brillaban, recibiendo reflejos de luz de los coches que pasaban vertiginosos. Las hojas aparecían relucientes de lluvia.

Un camión frigorífico, grande y poderoso, pasó rugiente. Sus faros eran poderosos. Barrieron, como reflectores, deslumbrantes, aquel macizo cercano de arbustos.

Wilma lanzó un alarido. El camión se perdió atrás, y con él la luz confortante de sus faros.

Había visto un rostro. Unos ojos...

Wilma corrió hacia la parada del autobús. Perdió un zapato, que se hundió, con un chapoteo, en un charco. Quiso volver a por él,

pero los arbustos se abrían en ese momento.

Un hombre salió de entre ellos. O, como mínimo, una figura de ropas masculinas, escurridiza y oscura.

Wilma dilató sus ojos, con terror. Cojeando, con un pie descalzo sobre el barro, se precipitó sobre la parada del autobús, tan desierta como el resto del paraje.

La figura humana fue tras ella. Hubo un destello cobrizo, lívido, en el cielo. La luz del relámpago, acompañado del tronar virulento que se perdía entre rebotes en las nubes, reveló las manos enguantadas del personaje. Y el cuchillo.

Wilma gritó de nuevo. La afilada, ancha hoja, centelleó bajo el fulgor de la descarga eléctrica. Al tratar de retroceder más, de alejarse hacia la calzada negra del reluciente asfalto de la ruta, tropezó en unos ramajes. Su pie descalzo hizo el resto.

Cayó de espalda. Sus piernas desnudas se agitaron en el aire, como en un patético empeño desesperado por recuperar el necesario equilibrio. La breve falda y el impermeable corto se enroscaba a sus muslos salpicados de lluvia, dificultando sus movimientos.

Incorporóse a medias. Era tarde.

Gritó Wilma. La figura oscura, siniestra, saltó sobre ella. La hoja de azul acero centelleante, se elevó sobre ella.

El impacto en los senos abundantes, fue blando, casi fofo. La hoja de acero se hincó violenta. Hubo un estallido de sangre. Un grito ronco, un gesto de horror.

En la distancia, brillaron los faros y las luces del automóvil. Wilma se revolcó en el suelo, húmedo de lluvia y de sangre. La mano enguantada golpeó de nuevo.

Otro seno recibió el mazazo de acero afilado, sepultándose el arma hasta la empuñadura. Luego, el arma brotó, disparó un tajo veloz, precipitado, contra el cuello de la camarera pelirroja del *snack*.

Y después, el asesino huyó.

Se perdió en la noche, en la espesura, en la negrura, más allá de la cortina de lluvia.

El autobús tardó diez o doce segundos en llegar ante Wilma. Frenó, con un estridente chirrido de frenos. Lo resbaladizo del concreto, casi le hizo irse sobre el cuerpo que se agitaba, en un

baño sangriento, allá en la ruta.

Pudo detenerse, con los neumáticos pegados a las ropas sangrantes, a las piernas desnudas, manchadas de rojo, de la hermosa camarera acuchillada.

El conductor abrió la puerta violentamente. Saltó afuera, con una llave inglesa en la mano, seguido de ocho o diez viajeros asustados. Todos escudriñaron, miraron en torno, tras rodear el cuerpo de la agonizante joven.

Wilma sólo tuvo tiempo de balbucear roncamente algo inaudible, vomitó sangre, y su hermoso torso, orgullo de la muchacha se hundió en el charco, entre oleadas rojas de muerte.

Poco después, el claxon del autobús ensordecía la ruta con sus largos alaridos de aviso, y los coches empezaban a detenerse, avisados por la roja linterna parpadeante de su conductor.

Una búsqueda apresurada alrededor, dio resultados infructuosos. Volvieron las gentes del coche de línea, defraudados, empapados de agua, con rostros pálidos y convulsos. Tres de ellos corrieron, en muy prudente unión, hacia el *snack-bar*, para avisar a la policía.

Ty Slade pegó un salto cuando les vio entrar. Uno corrió al teléfono. Los otros dos viajeros pidieron *brandy* sin agua ni hielo. El pistolero de Cameron Crenna, se precipitó sobre ellos, nervioso.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué todo este revuelo? —apremió, inquieto.

—Una joven... —jadeó uno de ellos—. Una joven pelirroja con impermeable y gorro amarillo. Está muerta en la carretera. Recién acuchillada por alguien que logró escapar. Pobre muchacha. Pobre chica, Dios mío.

Y apuró el *brandy* de un trago ruidoso.

—¡Wilma! —aulló Ty Slade, palideciendo—. ¡Wilma Darrow! ¡Otra víctima del asesino! Y se precipitó al exterior, sin esperar a más. La lluvia estaba arreciando.

CAPÍTULO VI

ED BELLAMY

—Otra víctima del asesino... Wilma Darrow, sí. Camarera del *snack-bar* de la carretera del Sur, hacia Lasing. Veintidós años. Pelirroja. Soltera. Sin familia...

El cajón de la Morgue se cerró siniestramente. Hubo un silencio tan helado como el hálito frigorífico de los depósitos de cadáveres. Se miraron entre sí el capitán Rawlins y el sargento McDougan. Sus rostros tenían el mismo tinte marfileño del blanco esmalte de los muros de la Morgue.

—Mujeres —jadeó—. Siempre mujeres. Jóvenes, bonitas, atractivas y solitarias.

—El asesino de las mujeres solitarias —refunfuñó con ira McDougan—. He oído ya ese apelativo a un maldito reportero barato, hace pocos minutos. Sentí náuseas cuando lo dijo.

—Sí, es nauseabundo —convino su superior, mesándose calmoso los nevados cabellos, como si sus dedos fuesen las púas de un rudo peine—. Pero es la verdad Hal. Empezamos a sentirnos en la picota pública, ¿no?

—Lo temí desde que ocurrió lo de Cheryl —jadeó el sargento—. No pensé en un hecho aislado. Es... es como el principio de una cadena, que Dios sabe, dónde terminará.

—Hay que tomar medidas, sargento. Y medidas rigurosas. Las que sean. Enérgicas. Duras, si es preciso Incluso violentas. No quiero medias tintas. Ya estamos enfrentados a la opinión pública, a los periodistas, a los politicastros como el cochino de cacique Cameron Crenna y sus intereses todopoderosos en Bay City. Es demasiado para luchar contra ello. Perderemos, seguro. Pero no quiero morir estúpidamente. Lo haré matando. Caiga quien caiga,

McDougan.

—Sí, capitán —suspiró el sargento Hal McDougan—. Si usted cae en las próximas elecciones, yo le acompañaré en el desastre. No me asusta nada. Lucharemos a tope.

—Gracias, Hal. Esperaba eso de usted —el oficial de policía de Bay City pegó un seco golpe sobre la mesa despacho—. Hay que hacer algo. Busque a los sospechosos. Interróguelos. Apriete las clavijas. No se deje impresionar. No ceda ante nadie. El cargo me importa poco. Lo que quiero es al asesino. A cualquier precio.

—He pensado en ello, capitán. Los sospechosos están siendo buscados. Sin contemplaciones.

—¿Edward Bellamy?

—Sí. Pero me gusta más que me llamen Ed.

—Legalmente, es Edward Bellamy. Sígame.

—¿Adónde?

—Orden legal. La policía, amigo. Tengo una orden de arresto a su nombre.

—¿Arresto? ¡Eso es ridículo! ¿Qué he hecho yo para ser arrestado?

—Eso es cosa que ya se verá. De momento, no trate de resistirse. Cuando el capitán Rawlins firma personalmente una orden de arresto, es porque tiene sus motivos para ello. Si intenta escapar, me obligará a disparar contra usted. ¿Está eso claro?

—Muy claro. Pero es indigno.

—Yo no califico las cosas —el agente tomó a Ed Bellamy por un brazo—. Vamos ya. No perdamos tiempo, forastero.

—¿Forastero? —Ed Bellamy sonrió—. ¿Yo? ¿Forastero en Bay City? Eso tiene gracia.

—Acaba de llegar usted de California, ¿no? Es un extraño aquí.

—¡Escuche esto, agente! —Ed se encaró al policía local que procedía a su arresto—. Yo estuve antes aquí. Fui un ciudadano, un hombre de Bay City.

—¿De veras? —rió el policía—. Esto tendría que ser hace tiempo. Mucho tiempo. Y usted parece joven, Bellamy...

—Soy joven. Muy joven —suspiró Ed. Incluyó la cabeza—. Sí. Hace mucho tiempo que yo estuve en Bay City... Casi era un muchacho. Un adolescente. He permanecido años fuera de Michigan. Siete años, agente.

—Siete años... —El policía meneó la cabeza, indiferente—. Sólo llevo cuatro en mi puesto. Ya dije que tenía que ser mucho tiempo. ¿Dónde estuvo hasta ahora, Bellamy?

Ed Bellamy le miró fijamente. Luego, se encogió de hombros.

—Igual lo sabría aunque yo lo ocultase ahora —dijo en voz tenue. Y añadió, tajante—: En prisión, agente. En prisión.

—En prisión. ¿Siete años en prisión?

—Casi, sargento. Seis años y cuatro meses, exactamente.

—Acusado... ¿de qué?

—Homicidio.

—¡Homicidio! —El sargento McDougan pegó un respingo—. ¿Habla en serio?

—Totalmente. ¿Cree que es un tema para bromas?

—No, no lo creo. ¿Qué clase de homicidio?

—Con atenuantes y todo eso. Además, tenía entonces diecisiete años. Me dieron la mínima pena. Solamente seis largos años, sargento.

—¿A quién mató usted?

Ed sonrió irónicamente.

—A nadie —dijo.

—¿Cómo? —McDougan se inclinó hacia él vivamente. Acaba de decirme que le sentenciaron por un...

—Por un homicidio, sí. Eso dije. Me sentenciaron a prisión por él. Pero no dije que yo lo cometiera.

—¿Lo cometió?

—No. Pero ¿de qué valdría afirmar eso, si me encontré culpable la justicia? Los hombres imponen sus leyes. Dios ve la inocencia o la culpa. Pero Él no dicta sentencia. No aquí, claro.

—En resumen; pretende decirme que es inocente, y pagó un delito que no cometió —dijo sarcástico el sargento.

—Eso es. Tampoco quiero que usted lo crea o no. Sería lo mismo. Ya pagué eso. Nadie va a devolverme los años de prisión, aunque no fueron malos, después de todo. En prisión fui campeón de boxeo de un torneo entre reclusos; fui ayudante del alcaide en sus oficinas, estudié Derecho, Criminología... y hasta me autorizaron a ejercitar deportes como el tiro al blanco y el judo. Mi comportamiento fue ejemplar. De diez años de condena, pagué con seis y unos meses. Eso lo prueba todo.

—¿A quién mató? Bueno, digamos mejor... ¿a quién se supone que mató, para ser condenado, Bellamy?

—A una mujer.

—¿Cómo? —Se irguió McDougan, sobresaltado.

—Una mujer —sonrió Ed, fríamente—. Lo tiene todo a su favor. He llegado de California, dicen que maté a una mujer y he venido a Bay City a matar a alguien, si es absolutamente preciso. De modo que... empiece sus cargos, sargento. Soy presa fácil para que la policía quede bien ante la opinión pública. ¿Quién dudará de mi culpabilidad, si me devuelven a un presidio, acusado ahora de asesinato de otra mujer?

—De dos mujeres, Bellamy —rectificó con sequedad el sargento—. Ya son dos, ¿no lo sabía?

—El asesino ha de saberlo. —Ed enarcó las cejas—. Usted imagina que yo soy el asesino. Por tanto, imagina que lo sé. Eso responde a su pregunta, ¿no?

—Es usted agresivo, Bellamy.

—Lo siento. La vida me enseñó a serlo. Desde muy pronto.

McDougan contempló con fijeza al sospechoso. Estudió su alta figura enjuta, sobria y erguida. Su rostro anguloso, firme y frío, los cabellos rebeldes, oscuros, los ojos agudos, gris oscuro, la firmeza de su boca recta, apretada. Y la evidente contundencia de sus recias manos, apoyadas ahora en el respaldo de una silla, frente a la mesa de trabajo del sargento.

—Usted dice que no mató a aquella mujer. ¿Quién era ella, de todos modos?

—Linda Davis. Una famosa *call-girl* de Bay City.

—¿Por qué se supone que fue muerta?

—Celos, pasión y todo eso —se encogió de hombros Ed.

—¿Era cierto? —McDougan le señaló, rotundo—. ¿Usted... tenía algo con ella?

—Me llevaba casi ocho años —rió Ed. Asintió—. Pero es cierto. Tenía algo con ella. Esa clase de chicas siempre tienen una debilidad así. Los muchachos jóvenes, por ejemplo. Yo viví solo, en un mundo nocturno, poco recomendable.

—¿Qué mundo, exactamente? ¿Delitos?

—No llegaba a tanto. Empecé de botones burlesques. Luego, fui camarero, trabajé en los negocios de prostitución de Cameron

Crenna.

—¡Cielos! —Brincó McDougan—. ¿Eso hizo? ¿Podría acusar a Crenna de algo semejante?

—No creo que mis acusaciones hicieran mella en un hombre como él —rió Bellamy—. Veo que aún se hizo más rico y más influyente. Se presenta para alcalde de Bay City el año próximo, ¿verdad?

—Verdad —refunfuñó McDougan—. Y lo será, si este asunto nos barre a nosotros ante la opinión popular, Bellamy. Siga su historia. ¿Era camarero cuando...?

—Servía personalmente en la residencia de Crenna cuando ésa, *call-girl*, Linda Davis, se fijó en mí. Quería darme estudios, convertirme en algo importante. Era su capricho. Yo encontré en ella ayuda, afecto, ternura incluso, a pesar de su condición. Luego, de súbito, apareció muerta. Asesinada. Dijeron que trataba de pervertirme cuando la maté. Eso redujo mi pena. Ella acostumbraba, por lo visto, a azotar y maltratar a sus esbirros. La hallaron muerta, con un látigo en su mano, muy poco vestida y... y el arma homicida se halló en mi habitación.

—Pero no lo hizo.

—¿Qué importa ya eso? —Bellamy se encogió de hombros—. No, no lo hice. Me hubiera gustado saber quién preparó la escena para colgarme a mí el sambenito. Por eso he vuelto.

—¿A los siete años? ¿En busca de una verdad tan vieja?

—La verdad es siempre la misma. Ahora, o dentro de veinte años, sargento. Y yo no quiero ser siempre el hombre que mató a Linda Davis, la chica del teléfono en las agendas de los hombres importantes de esta corrompida ciudad.

Hubo un largo silencio. El sargento McDougan paseó por la estancia, contemplando muy fijo a Ed Bellamy. Finalmente, se apoyó en su mesa, sin desviar de él sus ojos.

—Muy bien. Supongamos que usted es inocente. Supongamos que creo en usted. ¿Qué espera hacer en Bay City ahora?

—Aún no lo sé —suspiró Ed—. Acabo de llegar. Trato de saber cómo llegar hasta Cameron Crenna, hasta las gentes que trataban a Linda Davis. Alguien que la conocía mucho, la asesinó aquella noche. Ella sabía muchas cosas de esta ciudad. No es extraño que a alguien le preocuparan sus conocimientos y silenciara su boca para

siempre. Algunas personas me dijeron que ella extorsionaba a personas de Bay City... y una de esas personas pensó en dejar de ser extorsionada. Es una teoría como otra cualquiera, por supuesto.

—Por supuesto, Bellamy. Ahora no se trata de eso, creo yo. Estamos ante un maníaco o un demente. Ya son dos las muchachas asesinadas. A cuchilladas ambas. Y, cosa curiosa; las dos, de tres golpes de arma blanca, exactamente. Tres; ni uno más.

—¿Quién ha sido la segunda víctima? Oí hablar de una corista, Cheryl Yates, pero no de esta de ahora.

—Se llamaba Wilma Darrow. Servía en un *snack* de la carretera de Lansing. La asesinaron junto a la parada del autobús que había de llevarla al centro.

—Y usted me detiene a mí, como sospechoso —los ojos acerados de Ed Bellamy centellaron duramente.

—Buscamos a un asesino recién llegado de California, Bellamy. Y usted procede justamente de allí.

—Me fui a Los Ángeles cuando salí libre de la Penitenciaría del Estado de Michigan, sargento. ¿Eso es un delito?

—No. Pero el asesino procede de California, estamos seguros.

—Habrá otros forasteros, además de mí mismo, ¿no?

—Claro que los hay —suspiró la voz del capitán Rawlins, desde la puerta—. Mi hijo es uno de ellos, sargento McDougan.

—Mark... ¿Qué estuviste haciendo en California?

—Joyce, tú acababas de romper conmigo. Me ausenté estos días de Bay City.

—Pero California está muy lejos.

—Lo elegí al azar. Además, tengo buenos amigos allá... —Mark Rawlins desvió su mirada de la acusadora de Joyce McDougan—. No es ningún hecho reproable, ¿no?

—Para mí, no. Pero tu propio padre ha explicado que buscan a un hombre llegado de California. Además, tú conocías a Cheryl Yates, esa chica del Burlesque...

—Joyce, estás... estás casi acusándome de asesinato... —Se horrorizó el hijo del capitán de policía Rawlins.

—No te acuso de nada. Señalo lo que ellos dijeron. Mark, es horrible. Todo el mundo tiene miedo ya. Se sospecha de cualquier persona. Nadie queda al margen de dudas.

—Ni siquiera yo, a lo que veo —señaló amargamente Rawlins—. Yo, que soy el hijo del capitán Rawlins, yo que soy un hombre honrado, que soy tu prometido... o lo fui hasta hace poco tiempo, Joyce. Oh, ¿cómo puedes pensar así de mí?

—Solamente te pregunté la razón de que fueses a California.

—Es como acusarme. Todos saben que el asesino de Cheryl Yates, llegó de ese estado. Y parece obvio que el mismo culpable mató a Wilma Darrow, la camarera del *snack-bar*. A quien, por cierto, no conozco de, nada, Joyce. Nunca la vi, antes de contemplar su fotografía en los diarios.

—Eso nada importa ya, Mark. Lo nuestro terminó cuando lo de esa muchacha del Burlesque se hizo formal.

—Lo sé, Joyce. Y no te lo reprocho. En absoluto.

—¿La querías, realmente?

—¿Quererla? —El hijo del capitán Rawlins se encogió de hombros. Dejó vagar su mirada por el vacío—. Quizá nunca sepa responder a esa pregunta, Joyce. Nunca sabré si amé a Cheryl o no. Pero ella me atraía. Y era distinta a como todos imagináis. No era una cualquiera, en realidad. Era una buena chica. Siento lo sucedido entre nosotros, Joyce. Fue culpa mía. Ocurrió como ocurren esas cosas. Sin que uno lo advierta apenas. Lo siento de corazón. Muy de corazón. Pero ya no puede uno volverse atrás. Ni tú lo aceptarías.

—Es cierto —convino Joyce McDougan—. Tengo mi propio orgullo, Mark. Nunca aceptaría ninguna explicación. Lo nuestro acabó. Es todo. Pero tampoco te guardo rencor. Ni a ti, ni tan siquiera a la muchacha, a Cheryl Yates.

Y sin añadir nada más, Joyce se alejó, dando por terminada la breve entrevista, en el jardín de los McDougan, todavía húmedo por la reciente lluvia de la noche anterior.

Entró, cerrando la puerta tras de sí. Mark, tras un instante de meditación, se encaminó a la amplia acera del bulevar. Se aproximó a su automóvil, con paso lento.

—Hola, Mark.

El joven Rawlins levantó la cabeza. Mostró una sorpresa grata.

—Hola, sargento —saludó a McDougan, que aparecía con gesto cansado y un rostro notablemente pálido, demacrado, al descender de su propio automóvil oscuro, con la placa oficial de la policía de

Bay City—. ¿Una mala noche?

—Pésima —suspiró el sargento, sacudiendo la cabeza. Consultó su reloj y miró, ceñudo, al cielo nuboso—. Ya son las diez. Poco tiempo podré descansar, antes de volver a la oficina, muchacho. ¿Viste a tu padre?

—Sí. Le vi —suspiró Mark, sombrío—. También vi a Joyce.

—Oh, entiendo...

—Todo el mundo en Bay City parece saber lo de mi viaje a California, sargento.

—Consecuencias de lo ocurrido. Ya sabrás que el sospechoso...

—Sí, lo sé. ¿Solamente yo estuve en California recientemente?

—Oh, no. Varios más estuvieron allá. Hemos localizado a unos cuantos: un joven extraño, llamado Ed Bellamy, que estuvo preso por supuesto homicidio de una mujer, hace ya años; Guy Novak, un detective privado que busca a un hombre llamado Jason Whitney, evadido de una penitenciaría de California, y que parece tener algo que interesa a ese detective, aunque él lo niegue; un tal Brian Lee, reportero del *Los Angeles Report*, de sucesos, y un individuo llamado Dave Armstrong, a quién no hemos podido localizar, al igual que a un tal Jock White, que no me sorprendería fuese el propio Jason Whitney, con nombre supuesto. Observarás que incluso conserva las iniciales de su nombre...

—Todos ellos y yo —dijo Mark Rawlins junior, con sarcasmo.

—Sí. Todos ellos... y tú.

—¿Qué piensa hacer? ¿Arrestarnos a todos?

—No sé lo que haré. Todavía no puedo arrestar a nadie. No hay pruebas. Quisiera dar con ese White o Whitney, y también con Dave Armstrong, si están en Bay City. Pero cualquiera puede ser culpable. O serlo alguien que llegase clandestinamente aquí, aunque no sé en qué forma, para hacer un viaje tan rápido, desde California.

—Oí que la única prueba de todo eso, es un ejemplar de *Pop Music*.

—Sí, lo es.

—Yo leo *Pop Music* —sonrió Marck—. Lo compro habitualmente. Pero no tengo el último número. Se publica hoy, si todo va normalmente.

—También lo sé. Mucha gente lee esa publicación. Por sí sola, no prueba nada. Sólo que el asesino estuvo en California la fecha

antes del crimen, como mínimo. Un viaje así solo puede hacerse en avión. Hay demasiada distancia para imaginarlo por carretera o ferrocarril. No existe ninguna otra combinación para llegar a Michigan esa noche, adquiriendo la tarde antes el *Pop Music*, que es cuando apareció en los puestos de publicaciones de California. Hemos comprobado todo eso, Mark.

—Veo que ahondó mucho en el asunto —suspiró el hijo del oficial de policía—. ¿Tiene alguna idea ya sobre la personalidad posible del asesino? ¿Un maníaco, un psicópata, un delincuente vulgar... o un enemigo de las mujeres hermosas?

—Puede ser cualquiera de esas cosas —se encogió de hombros McDougan—. No sé nada aún, Mark. De todos modos, vete más tarde por el Departamento. Quisiera charlar contigo sobre esa chica, Cheryl Yates.

—Y sobre mí —sonrió Mark, irónico.

—Eso es —admitió el sargento, pensativo. También sobre ti, muchacho.

Cruzó ante él, tras darle un suave palmetazo en la espalda, y entró en la vivienda. Mark Rawlins júnior subió a su automóvil. Se alejó hacia la zona comercial de Bay City, a moderada velocidad.

Ed Bellamy firmó su declaración. Con alivio, tomó su bolígrafo, y lo aplicó al bolsillo por el prendedor niquelado. Se irguió.

—¿Es todo, capitán?

—Todo, Bellamy —suspiró el capitán Rawlins, frunciendo el ceño tras consultar la firma del joven—. ¿Qué otra cosa esperaba?

—Creí que me molestarían más, después de esas declaraciones...

—Precisamente por ser sincero, al declarar ante nosotros, vamos a confiar en usted en un cierto modo. Digamos que le concedemos un leve margen para confirmar si es digno de crédito o no. No abuse de esa tolerancia. Su situación es realmente difícil.

—Lo sé. A veces, pagar un presunto delito, aunque no se haya cometido siquiera, no es bastante, capitán. La sociedad siempre exige más.

—Yo no soy la sociedad —suspiró el oficial de policía, pensativo—. Soy sólo un funcionario de la ley. Mi propio hijo está en dificultades por un viaje inoportuno a California. Y no puedo sacarle de ellas, sólo porque yo dirija a la policía de Bay City.

—No le reprochaba nada, señor. Solamente mencionaba un temor mío. Estoy habituado a ser tratado con pocos miramientos, incluso en esta ciudad.

—Cuando usted fue arrestado y acusado de homicidio, yo no era capitán de policía en Bay City —sonrió Rawlins—. No le hice nada entonces. Ahora, me he limitado a tomarle declaración. Y, eso sí, a pedirle que no trate de abandonar la ciudad bajo ningún pretexto. Sería una imprudencia por su parte, el simple hecho de intentarlo.

—No pretendo irme, capitán. He venido a hacer algo. Y lo haré.

—¿Probar su inocencia? —La pregunta del capitán Rawlins era irónica.

—Sí, señor.

—Sólo existe un medio para ello: hallar al culpable de aquel crimen, si lo hubo.

—Lo sé, capitán.

—Tenga cuidado. Aunque las cosas fueran como usted dice, no resultarían bien, si la persona implicada supiera de su regreso y de sus intenciones.

—Confío en que no lo sepa aún —sonrió Ed—. Y si lo llega a saber... tal vez de un paso en falso, que pueda delatarle.

—Tenemos ya muchos problemas ahora, en Bay City —manifestó el capitán, arrugando el ceño—. No los aumente usted ahora con su propia actitud.

—Supongo que mi revancha nada tiene que ver con esos crímenes actuales.

—Yo también. Pero nunca se sabe... —reflexionó Rawlins en voz alta, frotándose las sienes con los dedos índice y corazón de ambas manos—. De momento, han asesinado a dos mujeres ahora. Entonces, hubo una mujer asesinada también. Si usted fue acusado injustamente y es inocente de ese crimen... ¿quién lo cometió? Tal vez el mismo que ahora ha matado a Cheryl Yates y a Wilma Darrow, amigo mío.

—Vistas así las cosas, es posible —aceptó Ed—. Pero parecen asuntos muy distintos.

—¿Por qué? —indagó vivamente Rawlins.

—Pues... no sé. Imagino que porque estos hechos parecen obra de un maníaco, de un demente, obsesionado con las mujeres atractivas y solitarias.

—Ha habido muchos iguales en todas partes, desde hace años. Podría ser uno de esos casos, lo admito. Un resentido, un enfermo sexual... Nadie conoce la verdadera profundidad de la mente humana cuando se ve abocada a la demencia. ¿No cree que a Linda Davis la matara un loco?

—No, en absoluto. Fue un crimen frío, premeditado. Alguien se aseguró el silencio de ella. Sabía demasiadas cosas, de demasiadas personas. Y calló para siempre. Usted sabe que esta ciudad, como tantas otras, tienen a muchos importantes ciudadanos mezclados en asuntos turbios, en suciedades y corrupciones. Ahí tiene a Cameron Crenna, que puede ser alcalde el próximo año. Todos sabemos lo que es: un *gangsster*, un ladrón, un rufián que trafica en lupanares, drogas y juegos prohibidos. Pero se le respeta y se le teme.

—No vaya hablando así por ahí, Bellamy —le aconsejó el capitán—. Podría ser su sentencia de muerte. Y ya tenemos suficientes cadáveres en Bay City, para tenernos que ocupar también del suyo. Si estima en algo su vida, no se meta con Crenna. Es un consejo leal, de alguien que desprecia y detesta a Cameron Crenna tanto como usted mismo.

—Si Crenna hizo matar a Linda, me meteré con él. Pase lo que pase, capitán.

—Entonces, dígame qué clase de flores le gustan —rió entre dientes Rawlins—. Es para llevar un hermoso ramo a su funeral.

—Me encantan las dalias y los gladiolos —también rió Bellamy, con agrio humor, inexpresivo su joven, anguloso rostro severo—. Los esperaré impaciente en mi ataúd, capitán.

Y agitando una mano, con sarcástico humor, abandonó la oficina del funcionario de policía. Rawlins no hizo la menor acción de retener a Bellamy por más tiempo. Por el contrario, cuando el joven forastero le dejó solo, el capitán se sumió en graves y hondos pensamientos, con gesto abstraído y muy poco risueño.

CAPÍTULO VII

«DEL DIARIO DEL ASESINO» (III)

«Empiezo a divertirme. Es realmente gracioso.

Bay City está asustada. Muy asustada.

Es divertido ver a toda una ciudad dominada por el pánico. Y saber que es uno, uno sólo quien lo provoca.

Ese alguien, soy yo.

Yo...

Sí, tiene gracia. Mucha gracia. No pretendí asustar a nadie en ningún momento. La gente de esta ciudad me tiene sin cuidado. No he venido aquí a reírme con sus caras de miedo y su terror instintivo. No, no es ese mi objetivo, ni mucho menos.

Ya van dos. Dos mujeres. Dos víctimas.

La muerte de esa camarera del bar de la carretera fue algo más trabajosa y difícil que la anterior. Lo de Cheryl fue tan sencillo...

Wilma me vio. Tuvo miedo, intentó escapar. Lo hubiera logrado, de tardar el autobús treinta segundos menos en aparecer. Sólo ese margen de tiempo, y ella se hubiera salvado. Me fue difícil escapar, diablo. Pero lo conseguí.

Ahora, me paseo por las calles. Observo a las gentes. Me río interiormente con sus miradas, sus gestos. No se fían de nadie. Desconfían entre sí, incluso. Las muchachas jóvenes empiezan a no salir de noche, o lo hacen acompañadas. Pero no todas pueden hacerlo, claro está. No todas están en sus casas al oscurecer.

Tiene gracia. Creen que soy un chiflado, un

maníaco, un enfermo sexual incluso... ¡Yo, un loco!
¡Yo, un morboso asesino! Eso es gracioso.
Divertidísimo.

Pero dejemos de divagar. Ya van dos. Dos mujeres muertas. Y es sólo el principio, o poco menos. Quedan tantas todavía...

Una a una, deben ser borradas de esta lista. Ahora le toca a ella. A la más difícil y peligrosa de todas, posiblemente.

Sally Saxon...

Sally Saxon. Treinta años escasos. Soltera. Con parientes. Su profesión... mujer policía en Bay City. Matrona del Departamento de Policía...

Es la tercera víctima. La que debe morir mañana».

CAPÍTULO VIII

MUJERES SENTENCIADAS

Sally Saxon respiró hondo. Fumó nerviosamente el cigarrillo.

—Estoy segura —dijo finalmente, en el silencio profundo que se había hecho bastante rato antes.

—¿Segura? ¿De qué, Sally? —preguntó su interlocutor.

—Tú lo sabes bien, Audrey.

—¿No te referirás a...?

—Sí, Audrey. A eso me refiero —fumó con más fuerza, y expulsó violentamente el humo del cigarrillo—. Estoy preocupada.

—¿Por qué habías de estarlo? —Pestañeó Audrey Mann.

—Vamos, no te hagas la tonta. Lo sabes tan bien como yo.

Otro silencio. Sally Saxon avanzó con fuerte paso hasta una mesa y estrujó allí el cigarrillo, con su mano fuerte, sólida, de mujer musculosa, capaz de derribar a un hombre, si era preciso.

Audrey no dijo nada. Sus manos sensitivas, delicadas, parecieron acariciar la arcilla situada, informe, sobre su mesa de trabajo, bajo la vertical de la luz. Todavía no había moldeado figura alguna, pero sus dedos parecían seres vivos e independientes, tratando de inculcar vida propia al simple barro.

—No puedo creerlo —murmuró al fin Audrey. Y se estremeció, sacudiendo a la vez su cabeza suavemente rubia, como nimbada de oro viejo, a la cruda claridad del estudio—. No, no. Imposible, Sally.

—Sin embargo, todo coincide hasta ahora: Cheryl, Wilma... Imagina si ahora caigo yo. O tú. O... cualquiera de las otras. ¿Qué dirías, Audrey?

—Sería diferente —musitó, temblorosa su voz—. Solo, porque ellas dos cayeran, no considero yo que tengas razón. Es... pura

casualidad.

—No creo en las casualidades. Soy policía, Audrey, no escultora. Sacar conclusiones es mi trabajo, como el tuyo es moldear arcilla. Lo que yo manejo, me da una sola forma concreta: la que te he dicho antes.

—Es fantástico, Sally... No puedo imaginar que ocurra algo así...

—Pero ha ocurrido. Está ocurriendo. No es casual, no.

—¿Has hablado de ello con los demás? ¿Con el sargento, con el capitán Rawlins...?

—No. Con nadie aún —rechazó la mujer policía—. Pero lo haré. Esta misma noche, sin esperar a más.

Creo que deben investigar a fondo la cuestión. Vale la pena, Audrey, puedes creerme.

—Si crees que debes revelarlo, allá tú. Pero sigo opinando que es prematuro y poco verosímil.

—Ya veremos. Personalmente, no quiero correr riesgos. Por eso vine a verte. Si estás conforme, podemos ir las dos, explicar lo que sucedió, y...

—No, no —se inquietó Audrey, echándose atrás—. Eso no, Sally. No tengo valor para...

—Es mejor eso que esperar a morir.

—Yo no espero morir —se rebeló ella.

—Si las cosas son como te he dicho, ¿qué otra cosa puedes esperar, Audrey?

—No me has probado en absoluto que tengan que ser necesariamente así.

—Está bien —suspiró la mujer policía—. Como quieras. Quédate con tus trozos de barro y moldea hermosas figuras llenas de vida. Dios quiera que esté en un error y no corramos peligro alguno tú y yo. Pero mucho me temo que no sea así...

Caminó hacia la salida del estudio, con su paso firme, casi varonil. Su alta figura aunque arrogante, no dejaba de perder su feminidad, a causa del rudo trabajo a realizar, dentro del cuerpo de policía de Bay City.

—Nos veremos mañana, Audrey —habló Sally Saxon desde la puerta—. Ya te diré lo que han opinado mis superiores del asunto...

—Esperaré impaciente tu información —aceptó Audrey—. Ahora, voy a trabajar este barro, Sally. Tengo un importante

encargo de Cameron Crenna. Y aunque ese hombre me resulta odioso, debo cumplirlo. Éste es mi trabajo y mi negocio, Sally, como el tuyo es busca delincuentes...

Sally sonrió, asintiendo. Cerró la puerta. La oyó descender por la escalera de la vieja casa del barrio bohemio de Bay City. Sus pasos recios eran inconfundibles. Audrey meneó la cabeza, con gesto risueño. Así era Sally. Había que aceptarla con todo lo bueno y lo malo que tenía. Pero era una excelente amiga y compañera.

Empezó a moldear el barro. Sus dedos ágiles, seguros, precisos, iban dando forma paulatina al barro informe. La creadora surgía. Y de ella, su obra. Lenta, pero precisa, asomó una silueta de mujer estilizada, hermosa, de suaves curvas. Como ella misma...

Se detuvo repentinamente, arrugando el ceño. Sus dedos acariciaron suavemente la cabeza, hombros y cuello de la esbelta, bellísima silueta apenas insinuada a arcilla. Recordó lo que dijera Sally Saxon, y se ensombreció su gesto.

—Imposible —musitó, meneando la rubia cabeza es sentido negativo—. Sally no puede estar en lo cierto.

Sus ojos verdes, jaspeados, se clavaron en la figurita que modelaba. Se dispuso a continuar la tarea.

Bruscamente, la noche fue hendida por un largo, alucinante alarido. El sonido de una voz de mujer, aguda y llena de terror.

Llegó de la calle. Lo invadió todo, hasta ahogarse a un lejano, ronco estertor. Luego, se hizo un profundo silencio en la calle.

Con violencia, las manos de Audrey Mann se crisparon. Y al hacerlo, decapitó a la figurilla de barro cuya cabeza, desprendida del esbelto cuello de cisne, se vino abajo, formando una simple pella de barro en la mesa de trabajo.

Ed Bellamy detuvo su marcha en seco.

Aguzó el oído, en tensión. Trató de escuchar algo más. En el silencio, le llegó el lejano redoble de unos pasos rápidos, alejándose sobre el asfalto húmedo.

No llovía. No tronaba ni había relámpagos, por primera vez en varios días. El único ruido perceptible en las calles desiertas, había sido aquel alarido de mujer, cuajado de angustia y de pavor. Luego, los pasos a la carrera, perdiéndose en la distancia.

Ed echó a correr, sin esperar a más.

Dobló la esquina. Tenía un profundo sentido de la orientación.

Estaba seguro del lugar de procedencia del grito. Atravesó una calle a la carrera, y alcanzó el acceso a un pasaje oscuro, entre dos edificios de ladrillo, levantados al menos en 1938.

Allí se detuvo. Su oído le señaló ahora, lejanísimo, el ruido de un motor en marcha. Ningún paso, ninguna carrera. Quien huía había subido a un vehículo. Era tarde inútil buscarlo. Nunca le alcanzaría.

Alguien más había oído el grito. Se encendían luces en algunas ventanas próximas. Y sonó el silbato estridente de un policía, a dos o tres manzanas de distancia.

Ed Bellamy se dispuso a revisar la zona, en busca de algo o de alguien. No tuvo que ir muy lejos.

Estaba allí mismo. Ante él. En la boca oscura del pasaje.

Lo primero que se lo indicó, fue el oscuro reguero que iba a morir en el bordillo de la acera. Se inclinó, examinándolo. Sus pupilas grises se entornaron.

—Sangre... —musitó, tocando aquel reguero brillante, oscuro, con la yema de sus dedos.

Giró la cabeza. Miró al pasaje. Se acercó, encendiendo un fósforo. Contempló el suelo. Y lo que en él había.

Evidentemente era un cadáver. Había sido una mujer llena de vida, poco antes. Fuerte, atlética incluso. Con uniforme azul oscuro y zapatos planos. Con placa de la ciudad sobre la guerrera abotonada. Policía. Matrona de la policía de Bay City.

Ya no tenía ni un atisbo vital en su cuerpo. Sólo tajos brutales, en cuello y torso. Uno de aquellos tajos alcanzaba incluso su mentón y mejilla. La sangre había brotado copiosa. Sus ojos desorbitados, revelaban un horror inmenso.

—Otra mujer... —musitó Ed—. Y ahora, de la policía...

Se volvió a avisar. No era preciso. Venían algunas personas a la carrera. Y un par de agentes de uniforme. Ed señaló al pasaje.

—Ahí —dijo—. Está muerta... También la acuchillaron. Era policía...

Los agentes le miraron con sorpresa. Luego, se inclinaron junto al cadáver. Uno exclamó en voz alta:

—¡Cielos, es ella! ¡Sally Saxon, del Cuerpo Femenino de Vigilancia!

El otro agente soltó una imprecación. Hizo sonar dos veces más

su silbato. Asomaron nuevos agentes a la carrera, por la inmediata esquina. Pero todos llegaron tarde. Como él mismo. Sally Saxon, la mujer muerda a cuchilladas, ya no necesitaba a nadie en esta vida.

Ed se dispuso a alejarse, todavía aturdido. Se lo impidió una voz seca:

—Usted: No se mueva de ahí Por nada del mundo, amigo, o le dejo seco.

Aplicaron una automática a su pecho. Ed no se movió, mirando perplejo a un hombre vestido de calle, sin uniforme. Él le mostró una placa.

—Policía... —refunfuñó Ed Bellamy—. ¿Qué supone? No tengo nada que ver en esto. Encontré ese cuerpo al acudir al grito que profirió la infortunada...

—Explicará usted eso al sargento McDougan y al capitán Rawlins —le cortó el otro con sequedad—. No le arresto sino como posible testigo de importancia... al menos por, el momento.

—Estuve hablando hace poco con los dos, con el sargento y el capitán.

—Pues volverá a hacerlo, amigo. ¿Qué hacía usted por aquí a estas horas?

—Supongo que no es un delito pasear de noche por una ciudad.

—No lo es, si se limita uno a pasear —le cortó el agente de paisano—. ¿Su nombre?

—Ed Bellamy.

—Parece forastero aquí...

—Lo soy. El sargento y el capitán ya lo saben.

—No importa. Irá de nuevo ante ellos. Insisto: ¿qué hacía por aquí a esta hora?

—Iba a ver a una persona amiga, eso es todo.

—¿En el barrio bohemio?

—Sí, en el barrio bohemio —resopló Ed—. Viví en él muchos años. Quise volver a recordar viejos tiempos. Y ver a una persona amiga.

—Eso ya lo dijo antes. ¿Qué persona?

—Es cosa mía, agente. Lo explicaré al sargento o al capitán, no a usted.

—Sería mejor que cooperase. Ocultando cosas, no irá lejos. El bastardo que ha asesinado a Sally Saxon va a pagarlo muy caro,

¿entiende?

—Me parece justo. Sólo que no me afecta a mí. Oí huir a alguien. A la carrera. En ese sentido —señaló la calle adyacente—. Luego, un motor de coche se alejó...

—Todo parece verosímil. Veremos si lo es en realidad. ¿No va a decirme a quién iba usted a ver, amigo?

—Supongo que a mí —dijo una voz de mujer, junto a ellos.

Se volvieron. Ed Bellamy se mostró casi tan sorprendido como el propio policía.

—¡Audrey! —exclamó Ed—. ¡Audrey Mann, en persona! ¿Qué haces aquí?

—He bajado del estudio al oír el grito... —susurró ella. Angustiada, miró al grupo de personas—. Ed Bellamy, te he reconocido enseguida... ¿Qué sucede? ¿Quién gritó? Fue algo horrible...

—Una mujer policía —informó Ed—. Sally Saxon. La asesinaron como a las anteriores, Audrey...

Llegó justo a tiempo. Pese al arma del policía, se precipitó sobre Audrey. Logró recogerla en sus brazos, cuando ella caía desvanecida.

CAPÍTULO IX

ALGO DEL PASADO

—Otra vez aquí, Bellamy...

—Lo siento, sargento. No fue idea mía. Ni siquiera me ofrecí a venir.

—Bellamy, empieza a irritarme usted. Ahora resulta que, por pura casualidad, estaba junto a la víctima, cuando fue asesinada...

—No por casualidad, para ser exactos, sargento. Sally era amiga de Audrey, según parece. Salía de visitarla. Yo iba a ver a Audrey. Coincidimos. Su agente femenino, el asesino... y yo.

—Ya. Los tres... —Enarcó las cejas, mirándole, malévolamente—. ¿Y si sólo fueran *dos* personas?

—¿Yo, el asesino? —Ed soltó una seca carcajada—. No diga tonterías. No me hubiera quedado allí, esperando a sus hombres. El asesino tuvo tiempo sobrado de huir. Y eso es lo que hizo.

—Bellamy, si no fuese por esa joven escultora. —Audrey Mann... su posición sería muy difícil ahora. Pero ella asegura que son amigos. Y que, sin duda, iba a verla a su casa, cuando aquello sucedió.

—Audrey no miente. Es la pura verdad, sargento.

—Usted no me habló antes de ella.

—No creí que fuera importante. Tuve muchas amistades. Sobre todo, chicas. Quise ver si alguna me recordaba aún. Audrey sí lo hizo. Es una gran chica, sargento.

—Está muy excitada, presa del *shock* sufrido... Apenas habló unas frases sobre usted y Sally. Tuvimos que aplicarle un calmante. Ahora duerme profundamente.

—Es mejor que la deje así un tiempo. Todo esto resulta tan terrible, tan alarmante para una mujer joven y atractiva como

ella...

—El terror va a dominar la ciudad desde ahora —masculló McDougan, furioso—. Sally era una mujer policía muy eficaz. Ruda, fuerte, animosa, casi varonil cuando era preciso ponerse dura... Y se deja sorprender en plena calle, asesinar... ¿Qué mujer se sentirá tranquila ahora, después de ver morir a una persona como Sally?

—Es mejor que nadie se sienta tranquilo, sargento. Las muchachas de Bay City harán muy bien en vivir precavidas desde hoy. El asesino anda suelto. Y parece tener prisa en ir descargando sus golpes de muerte...

—¡Incluso a la propia policía! —aulló McDougan, descompuesto—. Será la gota que colme el vaso, la burla de toda la ciudad... Seguro que perdemos las elecciones, Bellamy. Pero eso no me importaría, si el asesino fuera al fin cazado...

—Eso parece estar aún muy lejos de sus posibilidades, sargento. Parece tan escurridizo, hábil y despiadado, que costará mucho dar con él.

—¿Cree que no lo sé, maldita sea? —refunfuñó el sargento. Miró a Bellamy de hito en hito, a punto de estallar—. Y por si fuera poco, usted por medio otra vez... ¿Qué mil diablos vino a hacer a Bay City? ¿Resolver sus problemas, o crearme otros a mí?

—Parece que ambas cosas, aunque no por mi culpa, sargento McDougan. Si al menos pudiera ayudarle...

—Ayudarme... ¿Cómo va a ayudarme usted, que es uno de los sospechosos y...? —Se detuvo McDougan de repente. Miró con fijeza a Ed—. Eh, espere. Eso que dijo no es ninguna tontería, Bellamy. Digamos que se crea entre nosotros un pacto.

—¿Un pacto? —repitió Ed, asombrado.

—Eso es. Yo le ayudo a demostrar su inocencia en el viejo crimen. Si puedo, por supuesto. Y usted, si puede, también... me ayuda a dar con el asesino de las damas solitarias. ¿Qué me dice a eso?

—No es ninguna tontería. De un sospechoso, nadie puede imaginarse algo así...

—Pero recuerde esto, Bellamy: si usted es culpable, caerá igualmente. No podrá engañarme, esté seguro.

—No tenga miedo —sonrió Ed—. No soy culpable. Estoy dispuesto a ayudarle, aunque usted desconfíe de mí. Acepto su

pacto.

—Entonces, vamos allá. —McDougan le tendió su mano abierta—. Ahora, escuche...

Brian Lee contempló fijamente a su visitante.

—Ed Bellamy —dijo—. Bien. Aparte de eso, ¿quién es usted, amigo?

—Un antiguo vecino de Bay City. He vuelto a casa, como el hijo pródigo.

—Conozco la parábola, pero usted no me parece un personaje bíblico precisamente, Bellamy —comentó el periodista con aspereza—. ¿Qué vino a buscar?

—¿A Bay City? Un puñado de viejos recuerdos.

—No me refería a eso. ¿Qué vino a buscar aquí, buscándome a mí, Bellamy?

—Estuve tiempo en California. He leído artículos suyos.

—¿De veras?

—Sí. Se especializa en desenterrar viejos asuntos olvidados. Crímenes antiguos y cosas así. Por eso me interesó verle, cuando leí su nombre en un expediente, en el Departamento de Policía.

—¿Usted estuvo allá? —desconfió Brian Lee.

—Tenía que estar —rió Ed. Le guiñó un ojo—: Recuerde que vengo de California...

—Oh, cierto. Las muchachas asesinadas, el periódico californiano y todo eso —gruñó el reportero secamente—. Sí, también a mí me metieron en eso. Me soltaron cuando les dije quién era. ¿Por qué diablos vino a verme? No nos conocemos de nada usted y yo.

—Pero algo está buscando en Bay City. ¿Qué es? Llegó antes de que empezaran esas muertes. ¿Husmea algún viejo asunto criminal, como siempre?

—Y si así fuera, ¿qué le importa a usted?

—Yo he vuelto por algo así, Lee. Me acusaron de un viejo crimen.

—Vaya... —le contempló, todavía desconfiado—. ¿Busca publicidad gratuita?

—Busco un demonio. —Bellamy sacudió la cabeza—. Estuve en prisión, acusado de matar a Linda Davis en un arrebato de celos y

pasión. Linda Davis era una *call-girl*.

—¿De veras? —Frunció el ceño el periodista, tratando de recordar. Algo me bulle en la mente, pero no fue un caso demasiado sensacional, Bellamy...

—Lo fue para *mí*, Lee. Yo fui quien estuvo en la cárcel, no usted.

—¿Mató a la chica?

—No. Me gustaría saber quién lo hizo.

—Todos dicen igual.

—Pero no a los siete años de ocurrido, amigo. Ya no tendría razón de ser alardear de inocencia. Lo malo es que soy inocente. Y quiero probarlo.

—¿Qué ganará ya con ello?

—Nada. Pero alguien pagará, y no con seis o siete años, sino con el cuello o con su libertad definitiva. Probaré que fue un asesinato a sangre fría.

—Sigo sin ver la causa de que me visite, Bellamy. No me interesa su asunto. Es poco sensacionalista. A nadie le importará ya lo que fue de un tipo llamado Ed Bellamy, y de una *call-girl* provinciana, dese cuenta. Yo busco asuntos importantes, espectaculares. Me pagan para eso.

—Eso quiere decir que en Bay City hay algún viejo asunto importante, Lee.

—No dije eso —se evadió Brian Lee, astuto.

—Pero es así —afirmó Ed—. Busca algo. A alguien. Según el tiempo transcurrido... podría ser la misma persona.

—¿La que mató a Linda Davis? —Lee meneó la cabeza, dubitativo, aunque sus ojos brillaron—. Podría ser, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Su *call-girl* no encaja, Bellamy. A esa clase de chicas, son los hombres los que las matan, y no... —Se detuvo bruscamente, mordiéndose el labio inferior, como quien ya ha hablado de más.

—Y *no las mujeres* —concluyó fríamente Ed Bellamy. Sus ojos grises se clavaban en el periodista, glaciales—. Vaya... Empiezo a entender algo... Busca a una mujer. A una asesina, Lee.

—Parece que dije demasiado —se irritó el reportero californiano—. ¿Por qué no se larga de una vez, Bellamy? Empieza usted a enfurecerme, amigo.

—Nunca se me había ocurrido, pero Linda Davis no murió por

algo pasional, y por tanto no había de ser *necesariamente* un hombre quien la matase. Ella sabía muchas cosas de la gente importante de esta ciudad. Yo era en cierto modo su protegido, Lee. Sé cosas de ella que, a la luz de esa posibilidad, cobran nuevo valor... Tal vez le resulte yo más interesante, como colaborador, si aquella mujer a quién busca pudo matar a Linda Davis hace siete años, en esta misma ciudad...

Ed se encaminó a la puerta, decidido. La voz del reportero, aguda y llena de astucia ahora, le paró en seco:

—Espere —silabeó—. Vamos a hablar de eso, con calma, ¿quiere, Bellamy? Y disculpe mi acritud anterior, pero creí que era usted un tipo diferente. Venga, siéntese... Podría haber para usted algo más que una revancha y una rehabilitación, si estuviera en lo cierto en su teoría... Incluso dinero, amigo mío...

Ed Bellamy dudó. Regresó lentamente junto al periodista de Los Angeles. Se sentó a su lado, mientras Brian Lee extraía una botella de *whisky* de un mueble de su alojamiento en el hotel, y servía una generosa dosis en dos vasos.

—¿Quién le dijo que yo ando buscando a Jason Whitney, amigo?

—Lo mencionó usted ante la policía —se encogió de hombros Ed, mirando muy fijo a Guy Novak, sentado en la barra del bar de su hotel, con aire cansado—. Yo leí su expediente mientras esperaba a ser interrogado por ellos, con relación a esas chicas acuchilladas.

—Vaya. ¿También usted llegó de California? —rió Novak, relajándose en parte.

—Eso es. Parece que cometimos un delito cuántos estuvimos allá, Novak. —Ed se sentó a su lado, en otra banqueta. Pidió un *whisky* con hielo al barman. Luego, añadió calmoso—: El nombre de Jason Whitney lo tenían marcado en rojo los polizones de esta ciudad. Dicen que es un forajido, un asesino.

—Es más que eso. Huyó de San Quintín. No hemos dado con él en modo alguno. Pero está en Bay City, seguro. Con nombre supuesto.

—¿Le contrataron para buscarle?

—Parece que Whitney es peligroso si anda suelto —convino Novak—. Debo localizarlo.

—¿Y matarle?

El detective privado le contempló de hito en hito, ásperamente. No pareció amistoso ahora, cuando le espetó su respuesta:

—Escuche, amigo, no meta sus narices en mis asuntos. A usted no le importa para lo que yo busque a Whitney, ¿entendió?

—Entendí. Pero yo soy curioso. Sobre todo, con cosas que pueden afectarme a mí —dijo Ed, como reflexionando en voz alta.

—Este asunto no le afecta a usted. Whitney es cosa mía.

—Whitney es un asesino. Estaba en San Quintín por homicidio, me he informado bien. Es un pistolero a sueldo. Un granuja que cobra por matar. Usted lo sabe, y pese a ello anda tras él. O es muy valiente, Novak... o también está habituado a usar un arma, si se tercia, cuando el dinero que anda por medio vale la pena. Yo diría, viendo este feo asunto, que Whitney estorba a alguien, andando suelto, y ese alguien sabe que Whitney vendría a Bay City. Le contrató a usted en California, y le puso tras la pista de Whitney para que se deshaga de él. ¿Me equivoco?

—Váyase al diablo. Está metiendo las narices en mis problemas. Y eso es peligroso.

—Lo imagino —rió Ed—. Tengo una vista especial para captar el bulto de las fundas sobaqueras, Novak. Y usted lleva una. Le deseo suerte en su cacería humana en la jungla de Bay City. Pero recuerde que también puede terminar molestando a quién ahora le paga... y luego le darán caza como a Whitney...

Apuró el *whisky* y saltó del taburete, tras dejar un dólar en el mostrador. Se alejó hacia la salida, sin que Novak dijera palabra alguna. Los ojos del detective privado, le siguieron, preocupados. Se incorporó luego. Fue a la cabina telefónica del fondo del bar. Echó unos níqueles y marcó un número de Bay City.

Ed Bellamy se detuvo poco después, en una cabina pública de la calle. Entró, marcando su propio número. Cuando descolgó, la voz inconfundible de McDougan habló:

—McDougan. ¿Es usted, Bellamy?

—Sí, sargento —suspiró el joven—. ¿Todo va bien?

—Perfecto. Novak acaba de usar el teléfono del bar del hotel. La línea está intervenida. Mis hombres graban la conversación en estos momentos. Le felicito, Ed. Usted terminará siendo un buen policía, un héroe público... o un simple cadáver.

—Tengo más opción a eso último que a nada —rió Bellamy—. A

la gente no le resulto demasiado simpático. ¿Sabe a qué número de teléfono llamó Novak ahora?

—Sí. Al privado de Cameron Crenna, el cacique de Bay City...

—Vaya, espero que tenga suerte, aunque una cinta magnética de una conversación telefónica, no pueda usarse jamás como evidencia... Ahora, ¿quién me toca en mi lista de amigos a visitar?

—El tipo llamado Dave Armstrong. Dice que padece amnesia, y parece cierto, según nuestros médicos. Aun no tenemos sus referencias exactas, ni informes sobre él, Bellamy...

—Éste es un delicioso trabajito —refunfuñó Ed, malhumorado. Y colgó.

CAPÍTULO X

PELIGRO

—No he mentido, Bellamy. No sé nada de mí. Ni quién soy, ni lo que hago aquí, en Bay City, ni de dónde vengo... Nada de nada. Sólo sé que me llamo Dave Armstrong y procedo de un vuelo de Los Angeles. Ahí termina todo.

Ed asintió, pensativo. Contempló al hombre demacrado y nervioso, que tenía ante sí. Era la breve historia personal que ya le contara McDougan. Nada claro ni definitivo. Podía estar mintiendo. O dando solo una parte de la verdad...

—Quisiera poderle ayudar, Armstrong. Pero mucho me temo que no nos hayamos visto antes de ahora usted y yo —suspiró Bellamy.

—Es lo que me temía —musitó su visitado, meneando la cabeza con pesimismo—. Usted es quien puede saberlo. Cuando preguntó por mí, me dio una leve esperanza... Veo que fue infundada.

—Escuche, Armstrong. Usted tendrá algún motivo concreto para haber venido a Bay City. Si lo tuvo, alguien debe conocerle aquí. ¿No ha recibido visitas, llamadas telefónicas, nada de nada?

—No. Nada de nada, Bellamy. No me ha venido a ver nadie, no me ha llamado nadie, ni parece tener sentido mi estancia en esta ciudad. Es posible que ya me hubiera marchado, de no pesar la prohibición policial para hacerlo, en tanto no se aclare el maldito asunto de las muchachas muertas...

—Sí, entiendo. Estoy en su misma situación. —Ed paseó por la alcoba del hotel. Fingía estar distraído, pero de soslayo miraba a su interlocutor, y nada en él hacía pensar que estuviera fingiendo, mintiéndole en algo. Parecía, realmente, un amnésico, a la busca de sí mismo—. ¿Tiene huellas de algún golpe, alguna señal de

violencia sobre sí, Armstrong?

—Pues no... no —rechazó el amnésico. Luego, pareció evocar algo—. Tenía manchas de sangre en mis ropas cuando llegué, eso es todo. Tuve miedo, y las tiré, comprando otras... Eran ropas de Los Angeles, a medida. Con mi nombre en la etiqueta. Sólo eso, y un billete de avión. Incluso podrían ser de otra persona llamada Armstrong, y no de mí.

—Supongamos que es realmente Armstrong. Usted debe tener dinero y buena posición, para vestir a medida. Eso ya es un indicio que puede ayudarle a encontrar su propio rastro. En cuanto a su presencia en Bay City, deberá esperar... a que alguien de señales de vida y se presente.

Fue como un presagio. Apenas Ed había dicho esas palabras, sonó el teléfono.

Dio un respingo Armstrong, sobresaltado. Se quedó mirando, vacilante, el receptor telefónico, que repitió su llamada. Tragó saliva el amnésico. Luego, caminó lentamente hasta el teléfono. Parecía asustado de tocarlo.

—¿Es la primera llamada que recibe? —quiso saber Ed, en tensión.

—Sí... La primera... —musitó el ocupante de la habitación.

—Atiéndala. Con calma. No de a entender que está amnésico. Hable sereno, con naturalidad. —Ed miró al rondo de la habitación, al dormitorio propiamente dicho, donde aparecía otro supletorio—. Yo escucharé, mientras tanto. Deseo ayudarle, Armstrong, aunque no lo crea.

Corrió al teléfono. Lo descolgó. Dave Armstrong, indeciso, hizo lo propio un momento antes. Ed escuchó la voz susurrante del teléfono:

—Armstrong, ¿es usted?

—Sí, yo mismo. Dave Armstrong. ¿Quién habla? —La voz del amnésico tuvo cierta firmeza.

—Bien lo sabe usted —silabeó la voz—. ¿Y el dinero?

—El dinero... —jadeó el hombre—. ¿Por qué lo pregunta ahora?

—Vamos, no se haga el tonto. Pregunté por el dinero. No irá a hacer ahora una jugarreta, ¿no? Ni siquiera se ha alojado en el hotel previsto. No me ha avisado. Me costó dar con usted, pero ya que para mí no hay problemas, si quiero encontrar a alguien. ¿A qué mil

diablos está usted jugando?

—La... la policía... —susurró Armstrong—. Me han traído de cabeza últimamente, con ese lío de las mujeres asesinadas. Buscan a alguien de California y...

—Sé todo eso —le atajaron—. Ha sido una maldita coincidencia que lo complica todo, pero no justifica su silencio. Debió comunicarse conmigo. Y sobre todo traer el dinero. ¿Dónde mil diablos lo puso?

—Está seguro —tragó saliva Armstrong, hecho un mar de confusiones.

—Más seguro estará en mis manos. Un amigo va a visitarle. Dele ese dinero sin discusiones. Él le dirá algo, para identificarse: «Llueve mucho estos últimos días, Armstrong». Será la forma de conocer al hombre. No discuta. Dele el dinero, y espere instrucciones.

—Muy bien —asintió Armstrong—. ¿Algo más?

—Nada. Si cumple su parte, nada le sucederá. Pero recuerde, conmigo no se juega.

Colgaron. El se quedó mirando pensativo al teléfono. Colgó Armstrong. Ed también, pero sofocara alzar de nuevo el teléfono, mientras el amnésico se reunía con él, preocupado.

—¿A quién llama? —indagó, al verle pedir línea a la centralita y marcar un número.

Ed no dijo nada. Cuando se estableció comunicación, se expresó rápido:

—McDougan, habla Bellamy. ¿Captaron la charla?

—Claro. Apenas me avisó de su visita a Armstrong, interceptamos esa línea. Está todo grabado.

—¿Conocen el origen de la llamada?

—Sí, un momento. Nos está informando ahora el servicio de Teléfonos... —Una pausa. Ed hizo un gesto a Armstrong, indicándole paciencia. Luego, la voz del sargento añadió—: Era el número de Stardust. Un local nocturno, propiedad de Cameron Crenna, aunque figura como socio-propietario del mismo Derek Willard.

—¡Willard! ¿El del Burlesque de Cheryl Yates?

—Sí, el mismo. Es posible que fuese el propio Crenna quien llamó. Cuidado. El asunto es candente, si hay dinero por medio... y Crenna se ocupa de ese Armstrong...

Ed asintió, colgando el teléfono. Le obligaba a ello ver cómo la puerta de la habitación inmediata, el gabinete en cuyo umbral, permanecía Dave Armstrong, se iba abriendo, y entraba un hombre en la habitación... seguido de una mujer.

—Llueve mucho estos últimos días, Armstrong —dijo una voz, a espaldas del amnésico.

Armstrong se volvió, sobresaltado. Los visitantes habían cerrado la puerta tras de sí. La mujer sonreía. El hombre empuñaba ahora una pistola automática, provista de silenciador. Y encañonaba a Ed Bellamy sin vacilaciones.

—Querido Ed, siempre estás metiéndote en lo que no te llaman —dijo ella fríamente.

—Será mejor que no se mueva ni intente nada —silabeó el hombre, con una fría risita—. O le dejaré seco ahí mismo...

Ed Bellamy contemplo pensativo al pistolero y a la mujer. Luego, rió burlón.

—Vaya... Dinah Majors en persona —comentó irónico Ed—. Las viejas amistades van apareciendo. Primero Audrey, ahora Dinah... preciosa, ¿sigues metida en la peor basura de la ciudad, como entonces?

La hermosa morena de ojos ambarinos, rió entredientes, desafiante.

—Más o menos, Bellamy. Es mejor y más productivo que andar metido en presidios. Y usted, Armstrong; hará bien en no jugar con nosotros. El dinero, pronto. Ty y yo, hemos venido a por él de parte del patrón. Será mejor que no intente trucos feos.

—Parece que, después de todo, el Dave Armstrong que desconozco, no es persona muy de respetar —se quejó Dave, haciendo enarcar las cejas con sorpresa al pistolero—. Sí, le daré ese dinero. Lo único que encontré encima de mí, cuando tuve noción de las cosas.

Fue a la ventana. Abrió la vidriera de guillotina, y extrajo el brazo, tomando algo que colgaba en el muro sobre la calle. Era un cinturón impermeable, repleto de algo. Ed Bellamy imaginó que eran fajos de billetes. Armstrong tiró el cinturón a las manos del visitante armado.

—Muy bien —masculló éste, recogiénolo con su mano zurda. Lo tendió a la morena Dinah, invitándola—: Comprueba si no hay

trucos, preciosa.

Ella abrió un extremo del cinturón. Extrajo hasta cuatro fajos de billetes. Los volvió a poner dentro y cerró, satisfecha.

—Todo en orden —dijo—. Debe de estar todo.

—Menos veinte dólares —suspiró Armstrong—. Perdí mis documentos, mi dinero y mi memoria en alguna maldita parte, antes de llegar a Bay City. Tuve que comprar algo. Dígaselo a su jefe.

—¿Su memoria? —vaciló el llamado Ty—. ¿Es que no recuerda nada?

—Absolutamente nada —se quejó él—. Por eso no pude comunicarme con el patrón y...

—Bien, ya basta —cortó Ty, incisivo. Miró a Ed Bellamy con fijeza—. De modo que usted es viejo amigo de Dinah, ¿eh? ¿Qué diablos pinta en todo esto? ¿Qué anda buscando, amigo?

—A un asesino —dijo fríamente Ed Bellamy—. Alguien que mató a Linda Davis hace siete años. Y posiblemente a alguien más.

—Linda Davis... —Dinah Majors habló despectiva—. ¿Todavía eso? Creí que fuiste tú...

—Bien sabes que no. Yo nunca maté a nadie, encanto. Pero lo haré, si doy con quien liquidó a Linda.

—Tal vez sea la misma persona que mata muchachas —rió Ty—. Lo tuve cerca de mí la otra noche, cuando liquidaron a la pobre Wilma, la chica del *snack*. ¡Si llego a saberlo, cojo a ese chiflado y lo dejo hecho un colador!...

—Aún no hay seguridad en que sea un hombre —rió Ed, burlón.

—¿Cómo? —Fruició el ceño Ty Slade—. ¿Qué quiso decir con eso?

—Podría ser *una mujer*.

—¿La persona que acuchilla a las mujeres? ¡Imposible! Hace falta una fuerza notable para manejar así un arma blanca. Recuerde que la última víctima ha sido una matrona de la policía...

—No lo olvido —suspiró Ed, risueño, clavando sus ojos en la belleza morena, sensual, de Dinah Majors—. Pero tampoco olvido que Dinah Majors, por ejemplo, tiene el título de luchadora de judo y karate... y fue una fuerte deportista hace unos años... ¿Olvidaste mencionar tal vez todo eso a tus amigos, Dinah, cariño?

—Sí, lo olvidé —dijo ella secamente—. Pero te equivocas si

crees que puedes acusarme a mí de nada. No soy una demente asesina. La policía busca a un hombre llegado de California, amor. ¿Qué dices a eso?

—Que posiblemente se equivoquen, una vez más —sonrió Bellamy—. No sería la primera, después de todo. Ni será la última, Dinah...

—Habla demasiado, Bellamy —se irritó Ty Slade—. Es un entrometido. ¿Qué hacemos con él, Dinah? Ahora sabe de ese dinero, de nuestra relación con Armstrong...

—Deja que el patrón decida —musitó ella, encogiéndose de hombros. Miró, malévola, a Ed Bellamy—. Ven con nosotros, cariño. No intentes resistir ni llamar la atención. Ty te agujerearía gustosamente. Y no sería la primera vez que lo hiciese. Vas a hacer una visita a un hombre importante. Y si te portas bien, nada te sucederá, amor...

Ed se encogió de hombros.

—Conforme —suspiró—. Vamos allá... Soy una persona muy sociable y prudente, no les quepa duda.

—Nunca debiste volver a Bay City, Ed —le reprochó ella, iniciando la marcha hacia la puerta, al tiempo que Ty Slade hundía la pistola silenciosa en su bolsillo y, sin sacar la mano de éste, indicaba a Ed que emprendiera la marcha, pegado a él. Ella concluyó—: Pero ya que estás aquí, al menos actúa con sensatez...

Ed Bellamy fue muy sensato. Salió con Dinah y Slade, tras indicar éste a Dave Armstrong que debía permanecer en el hotel, donde recibiría noticias del patrón, con algún dinero y las instrucciones concretas a seguir.

Descendieron juntos al vestíbulo. De allí, salieron a la calle, donde estaba aparcado el automóvil del pistolero. Subió Dinah al volante. Ed se acomodó atrás, sintiendo la automática de Ty contra sus riñones.

Emprendieron la marcha a través del populoso centro de Bay City. Nadie observó nada anormal en el grupo. Pasaron junto a tres policías uniformados, pero Ed no hizo nada por llamar su atención.

—Se está portando bien —le felicitó sonriendo Ty Slade—. Siga así, y tal vez haga carrera en esta ciudad, Bellamy. Usted sabe sin duda lo que le conviene, ¿no es cierto?

—Todavía no lo sé —miró fijamente a su acompañante—. Ni

siquiera estoy seguro de para quién trabaja usted.

—Eso es asunto que no debe importarle.

—Lástima... Sentía mi curiosidad al rojo vivo.

—También yo. Aún no me ha dicho qué asunto fue a tratar con ese hombre, Armstrong.

—Busco a un asesino, ya se lo dije. Hombre o mujer. Pensé que él podía darme algún indicio.

—¿Y se lo dio? —Una sonrisa burlona flotó por los labios del pistolero.

—El pobre sufre amnesia, realmente. No me fue de ninguna ayuda. Pero yo no cejo en mi propósito. Seguiré adelante, hasta dar con el culpable.

—Es un muchacho obstinado —suspiró Ty, mirando al exterior—. Ahora, deberé adoptar ciertas precauciones con usted. No conviene que sepa demasiado, y vea adónde vamos, y otros detalles de la cuestión...

Sin añadir más, extrajo la pistola. Descargó un seco impacto contra Ed, tras su oreja. El joven no se dio apenas cuenta. Miles de luces estallaron ante él, y se hundió en la inconsciencia.

CAPÍTULO XI

«DEL DIARIO DEL ASESINO» (IV)

«No fue difícil lo de Sally Saxon.

A pesar de su corpulencia, no resultó nada difícil. La sorprendí, y mi ataque fue demasiado rápido. No pudo hacer nada. Sólo morir, con aquel estúpido gesto en su cara tan poco femenina.

Es más agradable matar a mujeres hermosas. Detesto a las hembras como Sally Saxon. Pero tenía que eliminarla, y lo hice. Ya sólo queda una parte por hacer.

Sé que la policía va estrechando su cerco. Presiento que buscan por todas partes, que lo husmean todo... Incluso es posible que lleguen a indagar en el pasado, y den con mi rastro.

Tendré que apresurarme. No quiero ser sorprendido en plena tarea. No sería agradable caer, sin que todas ellas hubieran precedido ya. Si después, cuando la última haya muerto, el infortunio se abate sobre mí, que se cumpla mi destino. Pero no antes. Rotundamente, no.

Ya tengo aquí el nombre de la próxima víctima. Ha de ser ella, sí. Samantha. Samantha Stevens. La mujer más rica de Bay City. También una de las más hermosas...

Tendré que variar bastante mi técnica. Es una mujer diferente a las otras. Sus costumbres son muy distintas. Pero tengo elegido el lugar, el momento, el procedimiento más directo y eficaz...

Habrá que arriesgar, es cierto. Siempre se arriesga algo. Confío en que ese riesgo sea mínimo. Luego, quedan las otras. Pero eso ser  más simple. Prefiero deshacerme ahora de Samantha. Cuanto antes, mejor.

Estoy seguro de que todo ir  bien, pese a sus dificultades. Y Samantha Stevens habrá muerto para mañana.

Mañana, a estas mismas horas, una nueva víctima en Bay City.

Y sentir  de nuevo esa agradable sensación que me produce saberme temido por tantas mujeres solitarias. Sentir  el placer de saber que el pánico se adueña de la ciudad, y que nadie, absolutamente nadie, sospecha mi identidad verdadera... ni los motivos que me empujan a matar».

CAPÍTULO XII

VIOLENCIA

—Muy bien. Usted es Ed Bellamy, ¿no es cierto?

—Ya se lo habrán dicho, señor Crenna. Soy Ed Bellamy, sí.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo soy Crenna? —replicó incisivo su interlocutor.

—Simple deducción.

—Usted deduce muchas cosas, Bellamy. Y se mete en muchos sitios donde no debe. ¿Por qué anda husmeando por ahí? Ése puede ser un juego peligroso.

—Sin duda —suspiró Ed—. Yo acepto el peligro en todo juego que inicio. Cuando me pongo a jugar, sé lo que puedo ganar. Y lo que puedo perder.

—¿Incluso... la vida? —sonrió afablemente el hombre poderoso, macizo, obeso y rotundo, sentado frente a él.

—Incluso eso, Crenna. Ya perdí bastantes años de ella. No importa mucho perder el resto, si así vienen las cosas.

—¿No tiene miedo a morir?

—No.

—Me preocupan los hombres que no temen morir. Acostumbran a ser demasiado temerarios.

—Es posible. ¿Por qué me ha traído hasta aquí?

—Tenía curiosidad por hablar con usted. Alguien me dijo que usted parecía muy listo, y quise comprobarlo por mí mismo.

—¿Quién? ¿Novak, cuando le llamó desde el hotel?

—Lo dicho —resopló el hombre gordo—. Es usted muy listo, Bellamy. ¿A qué ha venido a Bay City? ¿A hacer fortuna?

—Siempre se busca la fortuna fácil en todas partes. Pero no sólo he venido a eso. Busco a un asesino, eso es todo.

—¿El de las mujeres solitarias?

—No. Eso es cosa de la policía. Yo busco otra clase de criminal. Alguien que mató hace ya siete años.

—Entiendo. —Crenna afirmó despacio, incorporándose y paseando por la amplia, suntuosa estancia donde Ed había vuelto en sí, tras el viaje en automóvil—. Ya entonces había oído hablar de usted, Ed. Linda Davis pertenecía, en cierto modo, a mi organización en Bay City. Eran otros tiempos. Ahora, mis métodos han cambiado. Pero no olvido ciertas cosas. Usted era el favorito de Linda. No tuvimos trato directo, pero recuerdo al joven e impetuoso Ed Bellamy de entonces. En un principio, pensé que usted había matado a la chica. Luego, me di cuenta de que no encajaba eso en su modo de ser. Pero ya estaba condenado.

—Por entonces también pensé yo en usted, Crenna. Le creí culpable.

—Nunca tuve nada que ver con aquel crimen. No es mi modo de actuar. La sangre inútilmente vertida, siempre termina por caer en nuestras cabezas, Bellamy. Ahora, estoy a punto de convertirme en el amo de Bay City. Manejo un imperio de negocios, dinero e influencias. Se asombraría si supiera la cantidad de políticos, industriales y banqueros que están dispuestos siempre a venderse al mejor postor.

—Ya no me sorprende nada en la vida, Crenna. Bay City es un vertedero, como lo son otras ciudades. No es asunto mío velar por su moralidad y limpieza. Lo que busco es otra clase de podredumbre.

—Puede buscar, Bellamy, pero no se meta en mi terreno —avisó fríamente Crenna. Luego, sonrió burlón—. Incluso estoy dispuesto a tomarle a mi servicio, a buscarle un buen trabajo en esta ciudad, quizá a proporcionarle un negocio productivo... a cambio de que no hurgue en mis asuntos. Deje que el detective Novak busque a Jason Whitney. Jason es un asesino. Cree que le traicioné, y me busca para matarme. Novak le conoce mejor que nadie, y debe evitarlo, eso es todo.

—¿Es cierto que traicionó usted a Whitney?

—Eso es cosa que sólo me incumbe a mí —le cortó secamente Crenna—. Whitney es un convicto peligroso, un evadido. Si Novak le mata, incluso cobrará una recompensa oficial, aparte lo que yo le

dé. No se meta en eso. No es su asunto, como tampoco lo es Armstrong.

—¿Puede usted decirme la clase de tipo que es realmente Armstrong?

—Sé poco de él. Tengo negocios en California. Negocios que reportan beneficios considerables, no siempre demasiado legales. Hay que burlar al fisco, ya sabe. Armstrong es uno de los correos personales que me traen el dinero de esas liquidaciones, periódicamente. Siempre es uno diferente. Nunca se repiten. No sé lo que le sucedería a él, pero tengo el dinero, y eso basta. Tal vez sufrió un accidente, le robaron sus documentos y dinero... sin advertir que llevaba mucho más dinero oculto en torno a su cuerpo...

—Todo eso parece claro. No se relaciona con la muerte de Linda Davis, según usted. Ni tampoco con el actual asesino de Bay City.

—Eso es. Son asuntos diferentes. Métase en lo que le afecta, Bellamy, pero no en mis asuntos. Soy un mal enemigo. Pero de igual modo puedo ser un buen amigo si usted sabe jugar sus naipes. ¿Quiere entrar a mi servicio? Encontrará toda clase de ayuda para dar con esa persona que tanto le preocupa.

—No, gracias —rechazó Ed—. No me interesa el dinero. Ni ser un esbirro más, al servicio del poderoso Cameron Crenna.

—Piénselo. Dentro de poco, esta ciudad será cosa mía. McDougan, Rawlins y toda esa gente, serán arrojados de aquí como basura. Cameron Crenna será el más fuerte. El único.

—Decididamente, no. Seguiré buscando a mi modo.

—Tenga cuidado. No me gusta su actitud, Bellamy.

—¿Qué quiere decir?

—Está claro. Si indaga, en busca del que mató a Linda Davis, puede encontrarse con algo que le ayude a descubrir al actual asesino. Eso significaría un éxito para la policía. Y yo no quiero que la policía local triunfe. Deben fracasar. Hundirse. Es el medio seguro de ganar las elecciones el próximo año.

—Ni siquiera sabemos si se trata del mismo asesino.

—Imagine que sí lo es.

—Entonces... —Ed Bellamy se encogió de hombros—. No callaré la verdad, Crenna. Por nada ni nadie. Espero avisar entonces a la ley, para que se haga justicia.

—Bellamy, escuche esto —agitó ante sus ojos Crenna una mano maciza, adiposa—. Tiene poco tiempo para decidirse. Esta noche deberá abandonar la ciudad.

—No puedo. La policía me prohíbe salir de Bay City.

—Yo arreglaré eso. Recibirá diez mil dólares. Y yo seré su fiador. Nadie podrá hacerle nada. Pero se irá. Lejos. Y para no volver, hasta que yo sea alcalde.

—Lo siento, Crenna. No voy a hacerlo.

—Le dije que tiene de tiempo sólo hasta la noche. Piénselo, entre tanto. Y elija. Eso, o pasarlo mal aquí. Muy mal.

—¿Me está amenazando?

—Todavía no —sonrió malignamente Crenna—. Pero si me obliga a ello, no habrá amenazas. Sólo acción. Acción perjudicial para usted.

—Ya le dije que no tengo miedo a nadie.

—Lo tendrá, cuando mis muchachos hayan terminado con usted, Bellamy. No habrá muertes ni cosa parecida. Pero sufrirá tanto en sus manos, que pedirá no haber nacido. Debe elegir entre eso... o diez mil dólares y su impunidad. Cuando regrese, le prometo ayudarle a dar con su misterioso asesino.

—No —cortó Ed—. Me quedo.

—¿Eso es definitivo?

—Definitivo.

—¿Sin necesidad de reflexionar, de pensarlo detenidamente?

—Sin nada. Me quedo, Crenna. Hasta dar con el asesino de Linda Davis. Sea quien sea.

—Muy bien —masculló roncamente Crenna—. Usted lo ha querido.

Pulsó un timbre. Ed giró la cabeza. Se abrió una puerta. Asomaron dos hombres. El guapo y arrogante Ty Slade, y un hombre alto, enjuto, de modales refinado. Ed había oído hablar de él. Era Gig Clark, otro esbirro al servicio de Crenna. Su guardaespaldas personal.

—Es vuestro —suspiró Crenna, señalando a Ed—. Ya sabéis el procedimiento, muchachos...

Ellos asintieron. Se movieron hacia Ed.

Éste no esperó a más. Saltó sobre los dos pistoleros como un felino.

Ty extrajo rápido su automática provista de silenciador. Gig Clark, una navaja automática, cuyo resorte chascó, asomando la afilada hoja de acero, como la rígida lengua de un reptil venenoso.

Ed Bellamy cayó sobre ellos. La pistola de Ty Slade voló increíblemente por los aires, cuando el cuerpo del apuesto pistolero volteó de forma inverosímil, presa de la llave de judo que ejercitó sobre él Bellamy. El aterrizaje violento del pistolero, contra la pared, terminó en un rebote sordo, doloroso, y un choque en el pavimento, con seco crujido de huesos.

Quedó aullando de dolor en el suelo, mientras la navaja de Clark buscaba incisivamente el cuerpo de Ed... para encontrar solamente el vacío y salir luego disparada, al doblarse de modo lacerante la muñeca del *gángster*.

Tras esa llave vertiginosa y eficaz, Ed disparó una rodilla contra el costado de su enemigo. Clark se dobló, con un juramento soez, y Bellamy, rápido, descargó un seco mazazo con su zurda, en la nuca del rufián. Cuando Gig Clark tocó el suelo, era un simple fardo inanimado.

Hubo un grito seco a su espalda. Ed Bellamy se volvió, veloz. No pudo impedir el ataque veloz, diestro y contundente, de Dinah Majors, la hermosa morena. Su llave y golpe de karate contra Ed, hubiera podido ser mortal, de haberlo querido así la experta dama. Pero se limitó a lanzarle, dando volteretas, contra el muro. Allí, Ed se incorporó, jadeante, dispuesto a seguir la batalla con Dinah, aunque conocía sobradamente sus habilidades en la lucha.

Crenna extrajo una pistola pavonada, de cañón prolongado por un silenciador. La asestó sobre Ed y disparó.

El estampido fue solamente un «ploc» sordo y áspero.

Tras el taponazo, Ed Bellamy se quedó inmóvil. Junto a él, en la madera del muro, un orificio de bala señalaba la proximidad del impacto, con respecto a su cabeza.

—De haber querido, Bellamy, hubiese tirado a matar —avisó, sibilante, el cacique local—. No me obligue a hacerlo. No me sería difícil deshacerme de su cadáver después.

—Bien, usted gana. —Ed alzó sus brazos, en señal de rendición. Sonrió duramente a Dinah Majors—. Te felicito, preciosa. Sigues siendo una formidable luchadora.

—Tampoco tú lo haces mal —comentó ella, seca—. Es una pena que estés malgastando tus cualidades en un empeño estúpido y sin sentido práctico.

—Ésa es tu opinión. Yo obro como mejor me parece, Dinah.

—Sus errores son numerosos, Bellamy —acusó Crenna—. Ahora, mis muchachos van a ser mucho menos piadosos con usted...

—Ya veremos —dijo Ed, encogiéndose de hombros.

—Dinah, avisa a los demás —pidió Crenna—. Que se ocupen de Bellamy a fondo.

—Sí, señor —afirmó la joven morena. Sacudió la cabeza, mirando a Ed—. ¡Qué estúpido! Tú te lo has buscado...

Iba a salir. En ese momento, sonó el teléfono. Crenna lo miró, indeciso. Finalmente, lo tomó con su mano zurda.

—Aquí Crenna —dijo con aspereza—. ¿Quién llama?

Hablaron. Crenna escuchó en silencio. Palideció. Respiró hondo. Miró con ira a Ed. Y colgó, tras un juramento, tirando el arma sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —indagó Dinah, sorprendida.

—Era el capitán Rawlins —masculló Crenna, furioso. Señaló a Ed—. ¡Ese bastardo trabaja con la policía! Conocían todos sus pasos. Tienen rodeado este edificio. Si no dejo salir a Bellamy, sano y salvo, seré acusado de secuestro y violencia públicamente.

—De modo que ése era tu juego, ¿eh, Ed? —Los ambarinos ojos de Dinah brillaron, coléricos.

—Parece que no es usted tan fuerte como cree, ¿eh, Crenna? —rió Ed entre dientes, dirigiéndose a la salida—. Espero que eso se confirme pronto, y su caciquismo termine en un desastre... Buenas tardes a todos. Fue un placer visitarles...

Pasó por encima de los pistoleros, sonrió burlón a Dinah, y abandonó la amplia estancia, donde Crenna, lívido de ira, se quedó mascullando amenazas entre dientes.

CAPÍTULO XIII

MAS SANGRE

—Dinah Majors... ¿De modo que ella está mezclada en todo ese bajo mundo de vilezas?

—Sí, Audrey. Como siempre le ocurrió. En un tiempo fuisteis amigas, ¿verdad?

—De eso hace ya mucho —suspiró Audrey. Meneó luego la cabeza—. De aquel grupo de amigas ya no queda apenas nada...

—Sí, lo imagino. Debieron dispersarse casi todas, ¿verdad?

—Verdad, Ed. Unas se marcharon, otras siguieron distintos derroteros... —Se estremeció Audrey. Parecía preocupada por algo, todavía intensamente pálida, tras su experiencia de la noche en que murió Sally Saxon—. Dios mío, Ed, ahora recuerdo...

—¿Qué?

—Oh, nada. Posiblemente sea una tontería, pero... pero Sally me habló... me habló de esos crímenes... Dijo algo raro.

—¿Raro? ¿Qué dijo ella? —se interesó vivamente Ed Bellamy.

—Bueno, ella... ella aseguró que podíamos morir en cualquier momento ella o yo. Y eso confirmaría su teoría.

—¿Teoría? ¿Qué teoría? —La excitación de Ed subió de grado.

—Entonces me... me pareció ridículo. Pero Sally parecía convencida. Y luego, su muerte, su horrible y trágica muerte... me confirmaron que ella podía estar en lo cierto...

—Pero ¿a qué se refería Sally Saxon esa noche, Audrey? —la apremió Ed—. Ten en cuenta que puede ser muy importante lo que ella dijo, puesto que la mataron esa misma noche, como ella temía. Escucha, Audrey. Yo estoy de nuevo en Bay City para buscar a un asesino que no sé aún si es el mismo que ahora mata a las mujeres solitarias o no. Pero en cualquiera de esos casos, estamos obligados

todos a colaborar en la captura o identificación del culpable. Audrey, si sabes algo, debes decirlo ya. Ahora mismo. Piensa que Sally murió y que, en ese caso, de ser ciertos sus temores... tú podrías ser la siguiente en su lista.

—Ed, yo... —Audrey miró al exterior, a través del ventanal de su estudio. Ya la noche, nubosa, pero sin lluvia, se había extendido por toda la ciudad. La voz de la joven escultora sonó débil—. Ed, yo... sigo resistiéndome a pensar que algo así pudiera ser cierto. No, no me cabe en la cabeza, pese a lo de Sally...

—Audrey, por favor. Piensa un poco. No importa lo que tú creas. Dímelo a mí. Yo resolveré lo más oportuno.

—Es que... resulta muy grave, Ed. Muy delicado... Por eso no me atrevo a...

Se interrumpió, algo sobresaltada. Había sonado el teléfono. Ed fue al coquetón aparato color crema, situado sobre una mesita, en el fondo del estudio. Descolgó el auricular.

—¿Quién llama, por favor? —indagó.

—Ed, ¿es usted? —Sonó la voz del capitán Rawlins, al otro extremo del hilo telefónico.

—Sí, capitán. ¿Qué sucede? ¿Quiere hablar con Audrey Mann?

—No, no. Con ella, no. Es con usted.

—Hable. Le escucho, capitán.

—Ed; ha ocurrido. Otra vez.

—¿Qué? —Los cabellos de Ed se erizaron.

—Otra chica. Asesinada. Al caer la tarde.

—Cielos... ¿Dónde? —Miró, preocupado, hacia Audrey.

—En el embarcadero del lago, en el club náutico. Estaba practicando pesca submarina. La atravesaron de un arponazo. Mortalmente, Ed. Cambiaron el sistema esta vez...

—Dios mío... ¿Quién era ella? —observó que Audrey se ponía rígida, mirándole con estupor e inquietud.

—Una muchacha muy rica. Joven, hermosa, llena de dinero... Samantha Stevens.

—Vaya... —Ed sacudió la cabeza—. Escuche; Sally Saxon sabía algo.

—¿Qué? —se sorprendió el capitán Rawlins—. Algo ¿de qué?

—Los asesinatos —susurró Ed—. Se lo dijo a Audrey. Parece que tenía una teoría. Tenía que morir ella. O Audrey, eso confirmaría su

idea.

—Diablo, Audrey Mann no nos dijo nada de eso al volver en sí...

—Parece que no se siente muy segura, no quiere admitir lo que Sally pensaba...

—Está bien. Que no hable con nadie. Que no mencione eso, sea lo que sea. ¿Se lo ha referido ya a usted, Ed?

—No, todavía no, capitán. Pero estoy intentando que lo haga.

—Bien. De todos modos, no se mueva de ahí. No deje de acompañarla. Puede peligrar su vida. No use el teléfono. Podrían interceptarlo. El asesino es lo bastante astuto como para eso, si sospecha que Audrey pueda saber algo. Enviaré a McDougan y algunos hombres ahí, para que le releven y protejan esta noche a su amiga, la escultora. ¿Conforme, Ed?

—Conforme, capitán —asintió Ed.

—Es todo. Cuelgue. Y recuerde: no deje a Audrey bajo ningún pretexto.

Ed asintió. Colgó. Caminó hasta Audrey, que le miraba, muy pálida.

—Ed... —gimió—. Ed, ¿qué sucede?

—Han matado a otra mujer —informó él.

—Dios mío... —Cerró sus ojos Audrey, con horror.

—Siento informarte de ello. No es una noticia agradable. Pero debemos afrontar las cosas valientemente. ¿Hablarás ahora, Audrey? ¿Me contarás lo que te dijo Sally?

—Ed... una pregunta aún.

—¿Sí?

—¿Quién... quién era ella esta vez?

—Una millonaria. Samantha Stevens...

Audrey reaccionó como la noche del asesinato de Sally Saxon. Se desvaneció en brazos de Ed Bellamy. Sin un gemido, sin una queja.

CAPÍTULO XIV

«DEL DIARIO DEL ASESINO» (V)

«Samantha... Samantha ya no existe. Una más.

Queda poco ya. Muy poco. Debo terminar primero con ella. Con Audrey.

No debo correr riesgos. Cuando Audrey Mann sepa que Samantha murió, estará posiblemente segura... Segura de todo.

No puede hablar con nadie de ello. Si ese tipo, Ed Bellamy, no hubiera hablado por teléfono esta noche... Si no hubiera revelado lo que sucedía... Cielos, todo podría haberse hundido para mí. Justo cuando estoy terminando. Cuando ya queda tan poco ante mí...

Debo terminar. Terminar ahora. Esta misma noche. Cuanto antes.

Audrey es la víctima. Audrey tiene que morir. Sin pérdida de tiempo.

Y, a la vez, me veo obligado a terminar también con un hombre: con Ed Bellamy, que a estas horas es posible que sepa ya la verdad completa.

Sí, por lo menos, llego a tiempo...»

CAPÍTULO XV

EL ASESINO

—Audrey...

—Ed... Dios mío, ¿qué sucedió?

—Te desvaneciste —sonrió él dulcemente—. Audrey, ¿estás mejor?

—Creo... creo que sí... —Se irguió en el sofá donde la tendiera Ed, donde había aspirado las sales que Bellamy encontró en su cuarto de baño—. ¡Ed, el asesino...!

—Sí, dijiste algo sobre eso. Antes de informarte yo de lo ocurrido esta noche.

—Samantha... Dios mío, ella también...

—¿La conocías?

—La conocía, sí. Tanto como a Sally... Fuimos amigas. Un grupo de buenas amigas. Las mejores del mundo. Hubo otras amigas de menor importancia. Chicas que pertenecieron a nuestro alegre club Femenino, que venían los días festivos a divertirse con nosotras... Ahora comprendo lo que dijo Sally... Cheryl Yates y Wilma Darrow... Ellas fueron de nuestro club, pero luego siguieron una vida diferente... y no volvieron más por el club. Yo ni siquiera podía recordarlas. Pero ellas... ellas estaban en el club aquella noche. Ellas recordaban sin duda, como recuerdo yo ahora, como recordó Sally, aunque ella fue la única que cayó en la cuenta...

—Acabemos, Audrey. ¿Qué relación existe entonces entre todas vosotras, víctimas de ese misterioso criminal? ¿Quién está eliminando a todas, una tras otra?

—Ed, es una vieja historia... Data de hace... siete años.

—¡Siete años! —Ed Bellamy se puso rígido—. Cuando murió... Linda Davis.

—Sí, Ed. Linda Davis. La chica por cuya muerte fuiste a presidio... Entonces no le dimos la menor importancia, pero la tenía. Y Sally se dio cuenta de que la tenía. Lo comprendió cuando empezaron esas muertes... y lo relacionó contigo.

—¿Conmigo? —Enarcó las cejas Ed.

—Sí, Ed. Tu regreso a Bay City fue el revulsivo. El asesino recordó, sin duda. Pensó que ibas a ahondar, a buscar, a indagar, a remover lo ya olvidado. Y cabía la posibilidad de que una de nosotras recordase... Sally pensó que podía ser una tarea de distracción. Matar mujeres, hacer olvidar aquel viejo caso, ante el nuevo alud de sangre. Pero todo con un claro motivo.

—¿Cuál?

—Silenciarnos a todas. Que ninguna de las que fuimos testigos entonces, recordásemos...

—Pero recordar, ¿el qué?

—Ed, éramos esa noche cinco mujeres en el club Femenino. Cheryl, Wilma, Sally, Samantha y yo.

—¿Qué sucedió entonces?

—Nos visitó un amigo. Venía ebrio. No mucho, pero algo ebrio. No era su costumbre. Tú llevabas solamente unos días en la penitenciaría, condenado por homicidio. Ese amigo nos pidió permanecer con nosotras, charlar, beber unas copas más.

—Sigue. ¿Qué sucedió?

—Entonces, entonces él... cuando estuvo demasiado ebrio... habló. Dijo cosas absurdas. Su pasión por Linda Davis, su posible ruina, de haber continuado ella viva y revelar sus relaciones con él, que serían el gran escándalo público que arruinaría su carrera.

—Sigue. ¿Qué más dijo?

—Dijo... dijo que Linda estaba bien muerta... Sally, que ya tenía instinto de policía, le preguntó si había sido él quien la mató.

—¿Y él... qué respondió?

—Respondió... respondió que... que Sí. Que la había matado para evitar su ruina y la de su familia y su futuro. Nos sentimos sobrecogidas. Pero luego, de repente, lloró, se echó a reír histéricamente, y dijo que se había burlado de todas nosotras. Se marchó, canturreando. Pensamos que todo era producto de una borrachera. Pero Sally nunca olvidó. Y al mencionarlo, me pareció tan ridículo... Pero ella tenía razón. Es obvio que la tenía.

—Pero el asesino... el asesino, Audrey... ¿*quién* era?

Desde la puerta del estudio les llegó una recia, firme voz jovial:

—Buenas noches, amigos. He venido yo personalmente a cuidar de Audrey Mann. Ya puede estar tranquilo, Bellamy.

Ed miró. Era el capitán Rawlins en persona. Venía con una pistola automática en su mano. Con silenciador.

—¡Es él, Ed! —sollozó Audrey, señalándole—. ¡El capitán Mark Rawlins! ¡ES EL HOMBRE QUE CONFESO EL ASESINATO DE LINDA DAVIS AQUELLA NOCHE...!

—Sí, Bellamy —suspiró el policía de canoso cabello y noble aspecto—. Soy yo. Yo lo hice. Yo lo estoy haciendo todo, muchacho. No tuve otro remedio.

EPÍLOGO

Ed Bellamy no esperó más. Su mano, hundida en el bolsillo, presionó el gatillo.

Disparó el arma. Sonó el taponazo seco, como si descorchasen champaña. Los dedos de Rawlins se cubrieron de sangre, colgaron huesos rotos. El arma rodó por el suelo, el oficial de policía retrocedió, lívido, sorprendido, inerte.

Audrey gritó. Ed la retuvo contra sí, protector.

—No temas —jadeó—. Había empezado a temer algo así. El capitán ignoraba que yo me quedé con el arma de Ty Slade, en la residencia de Crenna. Debía actuar rápido, para evitar cualquier peligro. Lo siento, Rawlins. Ahora, todo está perdido para usted.

—Sí... —musitó el policía—. Todo perdido.

Audrey sollozaba, pegada a Ed instintivamente. Él la oprimió contra sí, y le resultó agradable. Muy agradable. Se aproximó con ella al teléfono.

—De modo que usted utilizó un periódico de su hijo, sin advertir la fecha —dijo Ed, pensativo—. Eso le ocurrió por no ser aficionado a la música «pop», capitán. Ahora veo por qué dominaba tan perfectamente la situación, por qué pudo atacar a Sally con éxito, el por qué de tantas cosas. Ahora todo está claro. Avisaré a McDougan. Esto hundirá su vida y la de su hijo, Rawlins. Pero salvaré algo: la dignidad del resto de la policía, que terminará por vencer a Crenna. En cuanto al periodista Lee y su fantasmal mujer asesina del pasado, debe ser otra historia. Y no quiero meterme en ella. Ya no, capitán. Me basta con toda esta sangre, con estos crímenes... y con usted.

Empezó a marcar en el teléfono con la mano zurda, sin dejar de encañonar al asesino. Audrey seguía junto a él. Esto era lo único agradable de todo.

Eso, y haber encontrado al fin la verdad.

La verdad y la rehabilitación definitiva.

Además, quizá también había encontrado algo más. A Audrey, por ejemplo.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

“WESTERN”

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

“CIENCIA FICCION”

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

